

Fabla salvaje

César Vallejo



Fabla salvaje

© César Vallejo

Primera edición, noviembre 2021

De esta edición

© Universidad César Vallejo S. A. C.

Av. Alfredo Mendiola 6232,

Panamericana Norte, Los Olivos. Lima, Perú

Edición y diseño:

Fondo Editorial de la Universidad César Vallejo

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-4158-86-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2018-09073

Todos los derechos reservados. La reproducción parcial o total de esta obra en cualquier tipo de soporte está prohibida sin la autorización expresa de los editores.

Fabla salvaje

César Vallejo



FONDO EDITORIAL
Universidad César Vallejo

Introducción

Fabla salvaje o el “otro yo” de la peruanidad

José Antonio Mazzotti
Tufts University

1. *Fabla salvaje* en el corpus vallejiano

Aparecida en mayo de 1923, *Fabla salvaje* corona la obra de César Vallejo en su etapa peruana poco antes de embarcarse el poeta a Francia tras varios años de tumultuosa experiencia entre Lima, Trujillo y su originario Santiago de Chuco¹. Vallejo tenía para entonces 31 años de edad. Había publicado casi cuatro años antes, en julio de 1919 (aunque con fecha de 1918), *Los heraldos negros*, espléndido poemario que muestra sus primeros pasos fuera del modernismo literario y se aventura por los temas locales y personales, mostrando una concepción poética de la vida marcada por el dolor, la orfandad y la añoranza por el terruño natal, pero también el goce y el humor (ver Mazzotti 2019). El libro constituyó un contundente estreno y tuvo buena –aunque discreta– recepción en los círculos intelectuales de Lima y Trujillo, lo que consagró a Vallejo como uno de los poetas jóvenes más sólidos del panorama literario peruano en lengua castellana, si bien la escritura de Vallejo admite palabras del quechua y el culle y referencias constantes

¹ Se publicó exactamente el 16 de mayo de 1923 como el volumen número 9 de la colección “La novela peruana”, dirigida por Pedro Barrantes Castro, quien también incluiría un breve prólogo suyo. Consta de 49 páginas impresas, incluyendo seis ilustraciones y una fotografía de Vallejo. Ese mismo año apareció una segunda edición en fascículos en el diario *La Industria* de Trujillo, entre el 23 de junio y el 15 de julio (Fernández y Gianuzzi 2009: 60, cit. en Hart 138, n. 29).

y perspectivas comunes con el mundo andino. En tal sentido, es desde sus inicios lo que estilísticamente podría llamarse un poeta mestizo o –relativamente– un autor transcultural².

En el camino perdió a su madre repentinamente el 8 de agosto de 1918 y trabajó en los colegios Barrós y Guadalupe, en Lima. Mueren también Manuel González Prada (1918), Ricardo Palma (1919) y Abraham Valdelomar (1919). Sus experiencias amorosas determinaron muchos de los poemas de *Trilce*, como con Otilia Villanueva Pajares, la famosa Tilia de las “venas otílinas” de *Trilce* VI. (En otros poemas el nombre Tilia será también atribuible a su sobrina Otilia Vallejo).

Luego vino el funesto episodio carcelario entre noviembre de 1920 y febrero de 1921, lo que produjo un profundo impacto en su personalidad y exacerbó su búsqueda de un lenguaje rupturista que pudiera dar cuenta de las nuevas cimas y simas de la experiencia humana en un contexto de fallida modernidad temprana³. Es así como, año y medio después de salir de la cárcel de Trujillo en la que estuvo

² El término “transculturación”, como se sabe, fue acuñado por el antropólogo cubano Fernando Ortiz en su ya clásico ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940). Lo recogió años más tarde Ángel Rama para caracterizar a varios narradores latinoamericanos en su estudio *Transculturación narrativa en América Latina* (1983). En ese libro dedica amplias páginas a José María Arguedas, conceptuándolo como un escritor transcultural por excelencia. Sin embargo, quien más se ha acercado a una concepción de la obra vallejana como transcultural y, específicamente, mestiza, ha sido el investigador chileno Jorge Guzmán en su libro *Tahuashando: lectura mestiza de César Vallejo* (segunda edición, 2000). En realidad, el mestizaje de Vallejo tiene contradicciones internas, como veremos al final, y no es completamente transcultural, sino inarmónico. Más recientemente, José Fernando Olascoaga (2009) y Macedonio Villarán-Broncano (2014) exploran la presencia de la cosmovisión andina en *Fabla salvaje*, según citaremos. Sobre Vallejo en Arguedas específicamente, debe consultarse González Vigil (2009: 293-300).

³ La división política entre pardistas y leguistas en el pueblo de Santiago de Chuco, lugar natal de Vallejo, motivaría las fuertes disputas entre sectores conservadores del lugar, como la familia Santamaría, y los más renovadores, como los parientes de Vallejo. De esta disputa surgirían las acusaciones contra César por vandalismo (se le acusó de quemar un almacén de los Santamaría y de andar con pistola), por las cuales sufrió persecución y luego cárcel en Trujillo entre el 6 de noviembre de 1920 y el 12 de febrero de 1921.

injustamente encerrado por 112 días, dio a conocer el revolucionario *Trilce* en octubre de 1922, poemario que dejó consternados a muchos lectores de su momento y fue apenas comprendido por algunos pocos intelectuales y amigos. Pese a la frialdad y también la burla con que los medios y círculos capitalino, trujillano y chiclayano recibieron la publicación, Vallejo no se dejó arredrar y continuó desarrollando sus originales proyectos literarios⁴.

IncurSIONA en la narrativa con el innovador *Escalas*, libro de cuentos publicado en marzo de 1923, emparentado sin duda con *Trilce* no solo en cuanto a tiempo de composición (algunos textos provienen de los meses pasados en el encierro), sino también en cuanto a la temática carcelaria, la desazón frente a cualquier certidumbre, la valoración de lo absurdo y el cuestionamiento del tiempo lineal a través un lenguaje ligado a la exploración del inconsciente, entre otros rasgos (ver Mazzotti 2012).

A *Escalas* sigue apenas dos meses después su novela corta *Fabla salvaje*, objeto de estas líneas. Tenemos así cuatro libros publicados antes de salir del Perú en junio de 1923, lo que testimonia la fértil dedicación de Vallejo a la escritura y el recorrido por sendas poco exploradas en las letras peruanas, constituyendo ya este corpus de por sí un importante paso en la modernización del circuito “culto” del país. Incluso si Vallejo no hubiera escrito nada más, es decir, si no hubiera alcanzado las cumbres que conquistó con *Poemas humanos*, *España, aparta de mí este cáliz* y sus obras de teatro, narraciones, crónicas y ensayos a lo largo de sus quince años

⁴ Son muchos los testimonios sobre el rechazo de diversos intelectuales del momento a la rarísima escritura de *Trilce*. Ver las biografías de Vallejo por Espejo Asturrizaga (109-110), Hart (132-135) y Pachas Almeyda (292-306), entre otros, donde aparece abundante documentación. Sobre Trujillo y Chiclayo, específicamente, ver el utilísimo libro de Puccinelli Villanueva.

en Europa hasta su muerte en 1938, a los 46 de edad, hoy seguiría siendo un autor sumamente importante por la ruptura radical que planteó tanto en su poesía como en su narrativa con la literatura del momento en el Perú⁵.

De los dos poemarios y el libro de cuentos se ha escrito mucho y no hace falta abundar en detalles, salvo aquellos que los conectan con *Fabla salvaje*: elementos de estilo (arcaísmos y neologismos⁶), concepción semejante de la orfandad universal, nostalgia por la comunidad primigenia –que puede identificarse tanto con la familia nuclear durante la niñez del poeta como con la pareja en la edad adulta–, exploración por el mundo del ensueño y del más allá (recuérdese su cuento “Más allá de la vida y de la muerte”), la mencionada experimentación formal (sobre todo en *Trilce* y en *Escalas*), etc. *Fabla salvaje* forma parte de un cuarteto heterogéneo que revela la enorme capacidad de Vallejo de desarrollar su propio estilo y abrir nuevos cauces en la tradición literaria. Sin embargo, es una de las obras menos estudiadas dentro del amplio corpus vallejiano, pese a que tiene vasos comunicantes con el posterior conjunto narrativo (*Hacia el reino de los Sciris*, algunos textos de *Contra el secreto profesional*, cuentos como el famoso “Paco Yunque” y su novela social realista *El tungsteno*, entre otras).

⁵ Lo reconoció al poco tiempo José Carlos Mariátegui en el séptimo de sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), cuando escribió que “El primer libro de César Vallejo, *Los Heraldos Negros*, es el orto de una nueva poesía en el Perú. No exagera, por fraterna exaltación, Antenor Orrego, cuando afirma que ‘a partir de este sembrador se inicia una nueva época de la libertad, de la autonomía poética, de la vernácula articulación verbal’. Vallejo es el poeta de una estirpe, de una raza. En Vallejo se encuentra, por primera vez en nuestra literatura, sentimiento indígena virginalmente expresado” (Mariátegui 259). Veremos al final de este trabajo que, en realidad, Vallejo tiene todavía una concepción mestiza y por lo tanto limitada de la indigenidad.

⁶ Los ejemplos sobran: “aquestos girones brillantes” (*Fabla salvaje* 6), “un cabro de ... aleznada figura de incubo” (12), “las faenas triptolémicas” (23) en las chacras, etc., etc.

Fabla salvaje es, desde su mismo título, una apuesta por la otredad. Como señala Ricardo González Vigil, “el habla salvaje del título [...] juega, a la vez, con el vocablo arcaico *fabla* y su conexión con *fábula*” (1998: 15). Vale decir, *Fabla salvaje* plantea una bisemia o dualismo semántico desde el principio, en que el habla cotidiana (o el testimonio oral) se confunde con la fábula como relato a la vez ficcional, didáctico y al mismo tiempo extrarrealista.

Para ambos significados se recurre a los sentidos arcaicos del término, a los que habría que añadir un tercero registrado por el DRAE: “concierto, confabulación”. Así, el habla, la fábula y la confabulación abren las puertas a diversas interpretaciones que introducen al lector por un universo ajeno a su experiencia mundana y lo transportan a otro donde lo absurdo, lo misterioso, lo macabro y lo trágico tendrán un papel preponderante, como si fuerzas irreconocibles confabularan contra el personaje principal y determinaran su destino luctuoso⁷.

Pese a que el estilo es relativamente directo, *Fabla salvaje* está lleno de términos cultos y metáforas que dificultan la comprensión inmediata en un lector no entrenado. Y pese a que el desarrollo de la trama es lineal, ocurriendo entre julio y el marzo siguiente (nueve meses) de dos años cualesquiera (aunque presumiblemente de principios del siglo XX), la obra

⁷ El término “fabla” ya había sido usado por Vallejo en 1921 en el poema “Fabla de la gesta (Elogio del Marqués)” que presentó con la complicidad de Julio Gálvez Orrego (sobrino de su entrañable amigo Antenor Orrego) en el concurso municipal por el Centenario de la Independencia peruana en Trujillo. El poema, presentado bajo el pseudónimo de Korriscosso (nombre de un personaje de Eça de Queiroz), obtuvo el segundo premio, que consistía en la apreciable cantidad de 50 Libras peruanas. Estaba dedicado al Marqués de Torre Tagle, que había proclamado la independencia en Trujillo en diciembre de 1820. “Fabla de la gesta” puede expresar, como *Fabla salvaje*, el triple sentido de “habla”, “fábula” y “confabulación”. Para más detalles sobre el poema (hoy conocido solo por fragmentos), puede verse Puccinelli Villanueva (49-59).

logra producir una sensación de extrañamiento que supera los efectos estéticos de un estilo modernista o uno estrictamente realista. En otras palabras, estamos frente a una obra que requiere de una lectura cuidadosa desde los marcos de la vanguardia, la literatura gótica y un realismo-mágico *avant la lettre* para poder ser ponderada en toda su riqueza significativa.

Por otro lado, el adjetivo *salvaje* también encierra una polisemia. Si nos atenemos a un sentido moderno, lo salvaje es todo aquello que está fuera de la civilización, en estado agreste, como las plantas silvestres o los animales no domesticados. A la vez, en coordenadas más antiguas, el término *salvaje* nos remite al espacio de la selva, ese territorio casi desconocido en los años 1920, salvo por la explotación cauchera y algunas incursiones misioneras, en que lo mágico, lo ritual, lo sobrenatural supuestamente abundaban.

Fabla salvaje, sin embargo, se desarrolla en el espacio andino. Narra la historia de una pareja de campesinos, Balta Espinar y su esposa Adelaida, cuya felicidad inicial se ve poco a poco mermada por los trastornos psicológicos y emocionales del marido a partir de la visión esporádica que tiene de un ser desconocido que supuestamente lo acecha y al que apenas logra ver a través del reflejo de varios espejos, una fuente de agua, una acequia y un charco formado por la lluvia. El miedo y la inseguridad que le suscita la aparición hace que se ponga irascible y paranoico, lo que lo hace agredir verbalmente a su esposa y desconfiar de ella, hasta llegar al punto en que muere (o se suicida) cayendo a un abismo tras el susto que le causa una final aparición del misterioso personaje. La trama, pues, no es demasiado complicada, pero merece un análisis detenido para poder calibrar la profundidad de la propuesta filosófica y existencial vallejana.

Comencemos por un detalle que casi no ha sido tomado en cuenta por la crítica: el nombre del protagonista, “Balta”. Lo primero que llama la atención es que no se trata de un nombre muy común, menos de la serranía peruana. Sin embargo, adquiere sentido para la interpretación si lo entendemos como apócope de Baltazar o Baltasar, que corresponde en la tradición cristiana a uno de los tres Reyes Magos que llegaron a Belén un 6 de enero (día de la Epifanía) a rendir homenaje al niño nacido pocos días antes y que luego sería conocido como Jesús el Nazareno, redentor de la humanidad. Baltazar, junto con Melchor y Gaspar, viaja desde el Oriente siguiendo la estrella de Belén y lleva un regalo al pequeño bebé. En este caso, el regalo consistía en un cofre con mirra, especie de resina vegetal de color rojizo y brillante, de fuerte aroma purificador, considerado antiguamente como un bálsamo de gran valor. Por eso solía usarse en funerales y entierros y su presencia se asociaba con la muerte. La razón de su elección por Baltazar habría estado en el hecho de que Cristo, hijo o encarnación humana de Dios, estaba destinado a vivir dentro de las limitaciones de un cuerpo terrenal y la mirra aliviaría –adelantadamente– su futura descomposición, que, como sabemos, nunca llegó a ocurrir. De este modo, nuestro Balta vallejiano habría llevado desde su nombre –y por asociación– la premonición de la mortalidad, lo cual prefigura el fin trágico del personaje principal de la novela. Asimismo, el nombre provendría de una antigua tradición asiria, en la que su origen (“Bel-Sar-Utsor”) significaría “Dios protege al Rey”. Este “Rey Mago”, portador de los misterios del Oriente, habría sido además de raza negra, lo cual resalta su ajenidad frente a los otros personajes de la tradición bíblica.

A la vez, Balta tiene un apellido (“Espinar”) que no resulta arbitrario ni parece escogido al azar. El DRAE registra entre las varias acepciones de la palabra los verbos “herir, lastimar, poner espinos”, así como los significados nominales de “sitio poblado de espinos” y de “dificultad, obstáculo, enredo”. Tanto en sus acepciones verbales como nominales, “espinar” conlleva connotaciones negativas, relacionadas con el dolor, la dificultad, la herida. No es gratuito pensar también que la corona que los romanos le pusieron a Cristo antes de su crucifixión estaba hecha de espinas. “Balta Espinar” tiene, pues, resonancias cristianas, agónicas, y de antemano relacionadas con el sufrimiento.

Se puede añadir, además, y jugando con las paronomasias, que “Balta Espinar” remite a “espinar baldío”, un campo estéril y espinoso en el que no hay perspectiva de vida. En esto se convierte nuestro personaje progresivamente en el relato al ser inducido por la misteriosa aparición a perder la cordura y luego la vida. El nombre, pues, contiene su propio final, su *fatum* o destino inexorable, como en una fábula clásica.

Por su lado, “Adelaida” proviene de una raíz germana, *adelheid* o *athal-heid*, que significa “de origen noble o perteneciente a la nobleza”. Su referente histórico más notable es santa Adelaida, que enviudó joven, a los 19 años, de Lotario, rey de Italia, y fue encerrada en una cárcel por negarse a casarse de nuevo con el usurpador Berengario, hasta que unos años más tarde fue liberada y contrajo nupcias con el emperador germánico Othon el Grande, llegando a ser emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico en el siglo X d. C. Fue conocida por su espíritu caritativo –amable incluso con sus carceleros– y profundamente conciliador. Así, pues, la Adelaida

vallejiana posee algunas de las mismas cualidades: será una viuda joven y ostentará a la vez una enorme bondad, nobleza de ánimo y sencillez espiritual, lo cual la hace contrastar con el iracundo y agresivo Balta.

Por otra parte, hay que subrayar también que, pese a que los personajes de *Fabla salvaje* son habitantes del Ande, constantemente son caracterizados como “cholos”, es decir, mestizos. No son, pues, indígenas ni quechuahablantes, ni están vinculados a una comunidad tradicional o *ayllu*. Por el contrario, son campesinos mestizos y minifundistas que poseen una pequeña casa en el pueblo y otra en la chacra. También, como nota Villarán-Broncano, trabajan tierras ajenas para poder complementar sus ingresos. Viven modestamente, rodeados apenas de algunos animales, pero en contacto continuo con la naturaleza andina.

Con estas premisas en mente, podemos pasar a analizar algunos otros aspectos de la novela.

2. El supuesto indigenismo

El prólogo del primer editor de *Fabla salvaje*, Pedro Barrantes Castro, resalta la preocupación del autor por el campo y la serranía, reconociendo que dentro de la ficción peruana solo Abraham Valdelomar le había dedicado a esa geografía algunas páginas extensas con anterioridad. Sin embargo, como especifica el prologuista, la preocupación de Vallejo se centra sobre todo en la gente, en los personajes indígenas y mestizos. Señala que “leyendo FABLE SALVAJE se siente el hormigueo dramático que Vallejo trata de producir con su obra y que muy bien se aviene con esa fatalidad de un sentido tan brumoso y triste que el indio y el mestizo creen

imprime dirección a la vida” (Barrantes Castro 3; mayúsculas en el original). Es decir, el editor y prologuista incurre en el viejo lugar común de caracterizar a los habitantes del Ande con un fatalismo “propio” de su raza, repitiendo con ello un estereotipo de antiguos resabios coloniales y condenando, así, a la mayoría de la población andina a un destino inevitablemente trágico.

Vallejo, sin embargo, es mucho más complejo. Como expongo en mi artículo “Indigenismos de ayer” (Mazzotti 1998), uno de los rasgos más frecuentes que el mundo letrado le otorga al indio y al habitante del Ande en general es el de su esencia desolada y lamentosa, su inevitable propensión a la melancolía, lo cual sería evidencia de una decadencia moral y una falta de espíritu de superación que explica su estado de indigencia. Según tal estereotipo, no habría mucho que hacer por el indio, salvo la conversión religiosa. Esta es la forma de indigenismo paternalista y algo despectivo que abundó en los siglos coloniales y que autores modernos como Ventura García Calderón y en algunos aspectos Enrique López Albújar recogen en los mismos años en que Vallejo publica *Fabla salvaje*⁸.

Pero en esta primera *nouvelle* de Vallejo aparecida en 1923 ya se advierte al gran explorador del lenguaje y al hombre que desde *Los heraldos negros* (1918-1919), *Trilce* (1922) y *Escalas* (1923) había incursionado en caminos de comprensión y representación mucho más audaces que los de sus contemporáneos. Más allá de algunos

⁸ En 1920, Enrique López Albújar dio a la luz sus *Cuentos andinos*, colección que contiene, entre otros, los relatos “Ushanam-Jampi” y “El campeón de la muerte”, ejemplos de una imagen del habitante andino como un ser degradado y violento, movido por sus pasiones y apetencias. En 1924, Ventura García Calderón entregó a las prensas en Madrid su volumen de veinticuatro relatos *La venganza del cóndor*, que contiene el cuento homónimo y otros semejantes que narran desde una visión exotista el carácter sanguinario y vengativo de sus personajes indígenas.

elementos indigenistas como los que señala Villanes (1988) y también de algunos rasgos modernistas que puedan encontrarse en la novela (ver Hopkins Rodríguez 2020) –sin duda válidos–, *Fabla salvaje* presenta un universo narrativo centrado en el drama interior del personaje principal, desligado desde su condición de orfandad familiar y social de la posibilidad de una existencia plena en el mundo, como bien propone Villarán-Broncano (2014).

Para escudriñar mejor los escondrijos mentales del protagonista, conviene recordar uno de los elementos esenciales de *Fabla salvaje*: su vinculación con toda una literatura pertinente al tema del doble, sosías, o *Doppelgänger*, de amplio desarrollo como drama psicológico dentro de un contexto en que lo sobrenatural y lo misterioso no son ajenos a la cotidianidad de los personajes⁹.

Tradicionalmente, el doble en la literatura medieval es una figura protectora o la expresión de un espíritu vigilante. Devicenzi ofrece varios ejemplos de tradiciones populares en que el doble aparece como personaje que acompaña a determinados individuos por trances difíciles o en el momento de su muerte, quizá como proyección de sus almas.

Con el tiempo, y sobre todo en el siglo XIX, el doble se convierte en un ser maligno que resume las fuerzas destructivas de un individuo hasta personificarlas en una figura ajena a la corporalidad del original. El doble deja de ser copia o transposición de una individualidad plena para convertirse en cifra de los elementos perversos y sombríos que habitan en toda persona. Se ha interpretado esta variante reciente del doble como una expresión

⁹ *Doppelgänger* en alemán significa “el doble andante” (“término utilizado por primera vez por el escritor alemán Jean Paul Richter en 1776”, según Devicenzi 506, n. 2). Es una pieza clave de buena parte de la literatura gótica y fantástica que busca suscitar misterio y terror.

de la crisis del hombre moderno frente a fuerzas económicas y morales opresoras, que despiertan en el individuo sus instintos tanáticos como única forma de liberación.

El ejemplo clásico del individuo que se transforma y coexiste con su doble maligno es *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* (1886), de Robert Louis Stevenson, en que la personalidad múltiple o “transtorno disociativo de la identidad” sirve para el desarrollo de una trama en que se enfrentan el bien (Dr. Jekyll) y el mal (Mr. Hyde), alternándose a lo largo de la novela. No se trata de dos personas diferentes, sino de una sola en distintos momentos.

Sin embargo, hay muchos otros ejemplos en la literatura occidental. Es el caso del cuento “El horla”, de Guy de Maupassant, en que el doble también encarna las tendencias malévolas del protagonista, igual que en “Lettre d’un fou” (“Carta de un loco”, 1885), del mismo autor. Como dice Devicenzi, en este último texto “la experiencia vivida [por el protagonista al encontrarse con su doble] resulta sobrenatural y transformadora, incluso alienante, y [...] su personalidad, su propia identidad, se ha visto alterada por este hecho” (509). En “El horla”, el protagonista acabará suicidándose por no poder resistir el horror de la presencia de ese “otro” sobrecogedor, tal como ocurrirá en 1923 en *Fabla salvaje* de Vallejo. Devicenzi, refiriéndose al famoso ensayo de Freud “*das Unheimlich*” (1919, traducido generalmente como “Lo insólito”), propone que se trata de “un sentimiento angustiante que nace cuando lo conocido, bajo determinadas condiciones, se transforma en algo turbador” (510), concepto que puede aplicarse a los episodios en que los personajes literarios encaran a su doble y son alterados (y alterizados) definitivamente.

Otros ejemplos conocidos son los de Edgar Allan Poe, en “William Wilson” (1839), en que el doble no encarna el lado maligno de una persona, sino su propia conciencia; Fiodor Dostoievski en *El doble* (1846), como estudio del alma humana; Oscar Wilde, en su archiconocido *El retrato de Dorian Gray* (1890), que transpone a una pintura el deterioro moral del protagonista; y hay muchos más. En algunos casos, el encuentro con el doble es una señal de que se avecina un evento trágico, como la propia muerte del protagonista. Molina Foix (12) recoge la conocida frase del dramaturgo sueco August Strindberg, “El que ve a su doble es que va a morir”, que resume el trauma producido por el encuentro con el “gemelo malvado” o *Doppelgänger*.

Para Olascoaga (194),

En esta novela [*Fabla salvaje*] Vallejo muestra todavía una preocupación por los trastornos psicológicos de los individuos a los que se refirió anteriormente en algunos cuentos de su novela *Escalas melografiadas [sic]* (1922). Por ejemplo, en el cuento “Los caynas”, Vallejo se refiere a un primo suyo, Luis Urquiza, quien creyéndose mono, estaba “completamente loco” [...]. Espejo manifiesta que Vallejo concibió este cuento en marzo de 1921 “desde una tarde que visitó el Asilo Colonia de la Magdalena, y de cuya visita se llevaría un tremendo shock”.

Este asilo es el que hoy conocemos como Hospital Víctor Larco Herrera o, popularmente, Manicomio de Lima.

El propio Olascoaga anota más adelante (*ibid.*) que

Después de diez años [o sea, en 1933], refiriéndose a la producción narrativa de esta época, Vallejo escribe en la anotación XXI de “Apuntes para un estudio”: “Análisis freudiano de *Fabla Salvaje*, de *Myrto*, de *Cera*, de *Más allá de la vida y de la muerte*, y de los *Muros*, de *Escalas*” (*El arte [y la revolución]* 164). De esta manera, él mismo sugería estudiar *Fabla salvaje* y los cuentos de *Escalas melografiadas* bajo una óptica psicoanalítica.

El hecho de que Vallejo visitara a su primo “loco” apenas un mes después de liberado de la cárcel es muestra del interés que los trastornos mentales podían tener en su vida. Al menos, era un tema que lo rodeaba, si bien no necesariamente en lo personal, al menos sí como referencia humana y literaria.

¿Qué sentido tendría entonces adaptar la figura del doble a un relato situado en la serranía peruana? ¿Estricto ejercicio literario *aggiornado* con la búsqueda de una literatura nacional que incluyera el mundo andino no urbano? ¿O más bien una propuesta implícita de la inviabilidad del orden civilizatorio en un contexto de moderna neocolonialidad?

Pero no nos adelantemos a nuestras conclusiones y sigamos analizando los distintos ángulos de la novela desde la interpretación psicoanalítica que plantea el propio Vallejo. Tenemos así también la posibilidad de rastrear en *Fabla salvaje* otro de los grandes temas de la formación identitaria estudiados por Freud: el complejo de Edipo. González Montes (45-46) ha señalado que se puede entender la presencia de este fenómeno psicológico universal en un sentido relativo y simbólico, no necesariamente como una aplicación directa

del concepto freudiano. Se daría una representación del complejo de Edipo en el nacimiento del nuevo hijo de Balta y Adelaida, que desplaza al padre, Balta, el cual muere sin que Adelaida lo sepa (al menos en ese momento), cayendo en un abismo.

Villarán-Broncano, por su lado, sostiene que la interpretación edípica no se justifica ya que el hijo recién nacido no tiene ocasión de ver a su padre Balta, pues este muere el mismo día del nacimiento del niño. No llega a haber una confrontación directa entre padre e hijo, mucho menos por deseo erótico del hijo hacia la madre Adelaida. Por el contrario, Villarán-Broncano propone que, más que un trauma edípico como movilizador de la trama, lo que hay es un trauma por la orfandad de Balta, “de familia y también de grupo social” (397), lo cual lo lleva poco a poco hacia el deterioro de su personalidad y a los acontecimientos trágicos con que concluye la obra. Sin embargo –añadiríamos–, si el “doble” espectral de Balta es una proyección del niño por nacer, como podría interpretarse, el complejo de Edipo adquiriría características diferidas y simbólicas, que lo modifican hasta insinuar ramificaciones sociales e históricas, como más adelante veremos.

Villarán-Broncano también subraya de manera acertada los elementos de la cosmovisión andina presentes en *Fabla salvaje* y particularmente la relación con la naturaleza, en que los animales y las plantas logran comunicarse y presagiar los acontecimientos funestos que serán el fin de la unidad familiar. En tal sentido, el sustrato de una cosmovisión indígena, con una naturaleza que cuenta con su propia espiritualidad y plantea una relación bidireccional con los sujetos humanos constituiría un adelanto de una forma de realismo mágico y de la narrativa arguediana en

que los seres de esa misma naturaleza andina intentan transmitir significados dialogantes con los personajes humanos (como, por ejemplo, los ríos, los árboles y las piedras)¹⁰. Las profecías que emiten el canto de una gallina o el rumor de las piedras en la novela, verbigracia, estarían representando una forma de episteme indígena que ni Balta ni Adelaida logran entender más allá de la superstición y que más bien los determinan, sumiéndolos en un mundo de significados abstrusos y sin solución de continuidad.

A la vez, el sosías o doble de Balta se encarnaría como “heraldo negro” (Villanes 759), un adelanto de la muerte, ligando la obra al sentido de la “tragedia” que aparecerá incluso alegorizada en forma de insecto que carcome las vigas de la casa de la joven pareja.

3. Algunas calas en el argumento

La novela comienza de manera apacible un mes de julio (“verano” andino, por ser temporada seca), presentando a los personajes Balta Espinar, su esposa Adelaida (“mujer de su casa”, según se indica, 7-8), el potro Rayos, la perra Picaflor, dos vasijas grandes para acarrear agua que son parte de la historia familiar y una breve alusión a Antuca, la madre de Adelaida. Todo parece indicar que la joven pareja lleva una vida feliz.

Sin embargo, desde el primero de los ocho capítulos aparecen las señales de lo siniestro que se avecina. Balta rompe un espejo una tarde al ver un espectro o “imagen extraña” brevemente reflejada en él. El aviso está dado, aunque Balta prefiere no contarle

¹⁰ Los rasgos de realismo mágico presentes en *Fabla salvaje* son señalados por Merino (42-46), diferenciando las *narraciones sobrenaturales* de las *narraciones extrañas*. Estas últimas asimilan lo anormal y lo mágico como elementos de la cotidianidad. *Fabla salvaje* entraría en esa categoría.

nada a su esposa para evitarle sobresaltos y porque él mismo duda de la visión, atribuyéndola a su propio cansancio y falta de sueño. Adelaida, por su lado, recuerda que de niña fue a recoger agua y la perra Picaflor volvió rabiando hasta que metió el hocico en la vasija y se calmó. Las pequeñas anécdotas ayudan a construir una atmósfera de signos opacos que solo adquirirán sentido pleno para el lector hacia el final de la novela.

Pasan los meses sin mayores sobresaltos hasta que llegamos a setiembre. Adelaida muestra síntomas de cansancio, pero dice que se empezó a sentir mal en julio, justo cuando cantó una gallina, supuestamente presagiando algo malo, y Balta rompió el espejo. Ahí le cuenta a su marido que está embarazada desde julio, lo cual establece una triangulación del núcleo familiar que constituirá el nudo borromeo de la trama.

Al poco tiempo, Balta vuelve a ver el espectro mientras bebe agua en una fuente. Una de las primeras descripciones detalladas del personaje ya lo pinta como un ser cercano a la barbarie:

Balta era un hombre no inteligente acaso, pero de gran sentido común y muy equilibrado. Había estudiado, bien o mal, sus cinco años de instrucción primaria. Su ascendencia era toda formada de tribus de fragor, carne de surco, rústicos corazones al ras de la gleba patriarcal. Había crecido, pues, como un buen animal racional, cuyas sienes situarían linderos, esperanzas y temores a la sola luz de un instinto cabestreado con mayor o menor eficacia, por ancestrales injertos de raza y de costumbres. Era bárbaro, mas no suspicaz (*Fabla salvaje* 18).

La descripción sirve para situar a Balta en un interregno entre el instinto y la razón, el trabajo duro y la intuición, con antepasados “al ras de la gleba patriarcal”, es decir, campesinos, posiblemente yanaconas a destajo en alguna hacienda. Asustado y sin saber bien qué interpretar de la segunda aparición del espectro, decide contarle el incidente a un amigo y este le confiesa que a él le pasaba lo mismo y que un hombre le dijo que eran “rasgos de locura” (19) y que debía cuidarse mucho. Consciente, pues, de la posibilidad de que el espectro fuera solamente un producto de su inconsciente, pese a la sensación de su realidad física, Balta comienza a retraerse y a buscarle sentido a cada aparición. Lo que es peor, esas visiones se dan en otros individuos de su misma condición social.

Es así como a las pocas semanas, mientras Balta se encuentra en el campo, vuelve a asomarse ese “alguien” que huye entre el follaje. Balta lo persigue sin resultados. Es la tercera visión del ser desconocido (19), lo que le produce al poco tiempo un sueño extraño, desolador, en un paraje blanquísimo, donde una sombra lo elude y le produce pavor.

Poco antes le había manifestado a Adelaida su temor de que ella no lo quisiera más. La joven esposa se sintió herida y extrañada de que él no le confiara más sus preocupaciones: “Y de este modo desarrollábase en su espíritu, como una inmensa tenia escondida, una raíz nerviosa, cuya savia había ascendido desde la linfa estéril de un aciago cristal...” (22). Este es el presagio de la ruptura, el silencio que Balta guarda ante Adelaida por las visiones tenebrosas que padecía.

Poco a poco se vuelve más huraño. Ya no quiere volver al pueblo por temor a encontrarse con su “perseguidor” (23), según

lo llama, delatando rasgos paranoides: “Pero también tenía miedo a la soledad de la casa del pueblo, a la sazón abandonada y desierta, con sus corredores que las gallinas y los conejos habrían excrementado y llenado de basura” (23). El abandono se apodera de su hábitat, mientras el temor a la soledad remite a su condición de huérfano. Había perdido a sus padres de niño y solo tenía una hermana en una hacienda lejana, a la cual no veía hacía años. Así, el ambiente en que vive se vuelve cada vez más sórdido. Los elementos de la naturaleza cobran vida. Los animales enloquecen. El cerdo chillaba inexplicablemente: “¡Oh la medrosa voz animal, cuando graves desdichas nos llegan!”, presagia la voz narrativa, incluyéndose en la trama.

Llegamos de este modo a enero. Medio año ha pasado desde la primera aparición. Es el inicio del invierno andino y con el clima frío y lluvioso se acentúa la atmósfera sombría de la trama. Balta llora a raudales, “sacudido de un calofrío de inmensa orfandad” ante “el huerto marchito y difunto” (26) de la casa, sola y oscura, en el pueblo.

Su incertidumbre lo abrumba. Ya no sabe si volvió a ver a su perseguidor o no lo vio al coger un espejo. Pierde el sentido de la realidad, pero poco a poco adquiere conciencia de que puede tratarse de un desdoblamiento de sí mismo:

¡Desdoblamiento o duplicación extraordinaria y fantástica, morbosa acaso, de la sensibilidad salvaje, plena de prístinos poros receptivos de aquel cholo, en quien, aquel día bárbaro de altura y de revelación, la línea horizontal que iba desde el punto de intersección de sus dos cejas, desde el vértice del ángulo que forman

ambos ojos en la visión, hasta el eje de lo invisible y desconocido, se rajó de largo a largo, y una de esas mitades separándose fué de la otra, por una fuerza enigmática pero real, hasta erguirse perpendicularmente a la anterior, echarse atrás, como si alcanzase la más alta soberanía y adquiriese voz de mando, caer por último a sus espaldas, empalmarse a la horizontalidad de la otra mitad, y formar con ella, como un radio con otro, un nuevo diámetro de humana sabiduría, sobre el eterno misterio del tiempo y del espacio..... (27-29).

Este desdoblamiento, ya explícito en la conciencia de Balta, se describe como la ruptura de una unidad (“la línea horizontal que iba desde el punto de intersección de sus dos cejas”) en que una de las mitades (la “de la sensibilidad salvaje”) se yergue sobre las espaldas de Balta y se constituye como un ser con sabiduría “sobre el eterno misterio del tiempo y del espacio”. El “doble”, pues, corresponde también a un orden incomprensible; no es solamente la proyección humana de un Balta maligno, sino un “otro” impredecible y desconocido, que no deja, sin embargo, de infundir temor y por lo tanto desestabiliza toda seguridad sobre la propia identidad del protagonista.

Esto hace que Balta siga durmiendo mal y así se vuelva aun más hosco y taciturno: “Temprano se ausentó a solas, sin haber cruzado palabra alguna con nadie. ¿Por qué pues, se iba así? ¿Por qué ese inmotivado recelo para su pobre mujer? Buscaba la soledad Balta, cada día con mayor obstinación” (30).

De pronto el paisaje se confunde con el alma del personaje:

Balta iba paso a paso y, luego de haber andado largas horas por las vertientes más elevadas, se detuvo al fin junto a un montículo herboso. Subió a un gran risco, esbelto, pelado y tallado como un formidable monolito. Subió hasta la cúspide. Ahí se sentó, en el mismo borde del peñasco. Sus piernas colgaban sobre el abismo. A sus pies, en una espantable profundidad, se distinguía un aprisco abandonado, al nivel de las sementeras sumergidas. Ahí se sentó Balta. Contempló con límpida mirada distraída e infantil toda la extensión circundante, hasta los horizontes abruptos y los nevados partidos en las nubes. Inclínose un poco y escrutó las tierras fragorosas que a sus plantas quedaban como arredradas y sumisas. Amenazó caer lluvia y una ráfaga de chirapa y ventarrón azotó un momento los cerros. Balta tuvo un ligero calofrío, y la cerrazón mugió y se perdió entre los próximos pajonales. Una calofriante desolación, acerva y tenaz, coagulóse en las pupilas enfermas del cholo (31-32).

Casi sin advertirlo, ese paisaje expresa el estado de ánimo de Balta y lo mimetiza con él. También se insinúa un proceso de regresión (“límpida mirada distraída e infantil”) que transforma a Balta en un ser dependiente, inseguro, de limitada comprensión. A partir de esas percepciones se pone extremadamente celoso. Se pregunta si Adelaida querrá a otro. Y al poco tiempo llega a la conclusión de que “Adelaida ama al otro! Al del espejo!” (34). Empieza a imaginar que el hijo que ella guarda en sus entrañas es del espectro, ya que es la única explicación racional que encuentra

para las apariciones: un ser oculto y engañoso que se burla de él y con el que su mujer lo traiciona.

Por añadidura, el paisaje se encarga de envolver la atmósfera de significados ininteligibles a través de su animismo evidente:

Un pastorcillo fué a guarecerse con unas dos ovejas en el redil abandonado, y hacía reventar en las costillas del viento su honda. Dió unos gritos melancólicos en el abismo, donde las herbosas quebradas rezumaban ya, y a sus gritos respondió el sereno peñasco majestuoso con el eco cavernoso y de encanto de la inconciencia inorgánica; eco invisible y opaco y recocado, con que responde la dura piedra soberana a la cruda voz del Hombre (34).

El peñasco le “responde” al pastorcillo cuando este grita con “cruda voz”. Se ha establecido una comunidad semántica entre humanos y seres inorgánicos como sujetos de un universo común. Las piedras, las cavernas, el viento son seres vivos y “hablan” con el “pastorcillo” (¿quizá un niño indígena?). El narrador omnisciente establece esa presencia, pero todo indica que Balta es rebasado por esa misma realidad animada.

En tal línea argumentativa aparece entonces “la tragedia” personificada como un insecto que roe la viga principal de la casa rural. Todo presagia desgracia. Balta y Adelaida discuten acremente. Él se muestra hosco y silencioso. La aparta. Ella llora. Se menciona al “pequeño Santiago”, hermanito de Adelaida, que asoma a la habitación (39). Tiene ocho años y se angustia ante el dolor de la hermana mayor. El relato asume un tono triliano de reclamo: “Viendo padecer a su hermana, le dolió el alma. ¿Quién la

hacía padecer? ¿Qué la habían quitado? ¿Qué cosa se le negaba? ¡Dénsela! ¡No sean malos! ¡Devuélvanle sus cosas! ¿No las encuentran? ¡Búsquenselas! ¡No la hagan llorar!” (40)¹¹.

Santiago trata de hacerle señas a Adelaida para que ella escape, pero la joven no se da cuenta y simplemente lo ignora. El niño se duerme y se hace de noche. Cuando despierta no hay nadie. La casa está desierta. Él queda temeroso y desolado en medio del silencio y la oscuridad. El relato se bifurca entre la experiencia angustiosa del niño Santiago y la discusión entre Balta y Adelaida, que se ha trasladado a otro espacio, abandonando la casa rural.

Durante la disputa, Balta “acuchilló a denuestos” (44) a su esposa, dice el texto, explicitando el maltrato verbal y presagiando un final funesto. Él la desprecia y la aleja. La acusa de querer al “otro”. Ella lo niega. Lloro desconsolada. Él la hace vestir de luto de vuelta en la casa y le increpa que “ha muerto para él”. La “tragedia” vuelve una vez más al quebrado hogar.

A la mañana siguiente, Balta se va hacia el campo, sin rumbo fijo. Se encuentra de pronto sentado al borde de un precipicio y, en medio de la confusión, siente que alguien lo “roza” por la espalda y al reaccionar cae horrorosamente al abismo (48).

El último capítulo nos presenta a Adelaida, esa misma tarde, llorando todavía por la fuerte discusión del día anterior, sin saber nada de la muerte de su esposo. Doña Antuca, su madre, vigila el sueño del nieto, que “acababa de nacer esa mañana” (49). La luz del cirio se escapa por la puerta hacia el horizonte, quizá como símbolo del alma de Balta.

¹¹ Recuérdese el tono infantil de *Trilce* LI: “[...] Mentira. Calla./ Ya está bien./ Como otras veces tú me haces esto mismo./ por eso yo también he sido así.// [...] Mas ya lo sabes: todo fue mentira./ Y si sigues llorando, bueno, pues!”.

4. Conclusiones: el “otro yo” del Perú

Pese a su trama aparentemente sencilla, como señalamos más arriba, *Fabla salvaje* guarda significados que trascienden el universo literario representado en ella. La trama parecería reducirse a un caso individual y único, una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde o un “horla” andino, sin connotaciones sociales o históricas, o un acontecimiento aislado que no sobrepasa su propia anécdota como adaptación literaria de los modelos europeos.

Se ha dicho incluso que por su temática y estilo, *Fabla salvaje* podría haber sido escrita antes de *Trilce* y *Escalas*, que son más experimentales verbalmente. Sea esto cierto o no, lo que importa es que Vallejo reafirma y expresa su interés por el mundo andino presentando un caso peculiar de desdoblamiento que aparentaría limitarse a un trastorno psiquiátrico. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estamos frente a un personaje mestizo, un “cholo”, como se llama repetidamente en el texto a Balta Espinar. De por sí, esta elección obliga a pensar en la mediación personal entre el autor y el personaje, ya que es sabido que Vallejo era plenamente mestizo al descender de padre y madre mestizos (sus progenitores eran ambos hijos de cura español con mujer indígena). Es conocido también que le gustaba hacerse llamar “el cholo” Vallejo. De alguna manera, la condición mestiza de Balta lleva a pensar en las asociaciones identitarias con un grupo cada vez más numeroso, nacido de la mezcla de blancos e indios en un momento en que la sociedad peruana sigue viviendo bajo el régimen del gamonalismo, en las postrimerías de lo que el historiador Jorge Basadre llamó “la República Aristocrática” de principios del siglo XX.

La ausencia del padre como desenlace de la novela (Balta muere sin llegar a conocer a su hijo) insinúa la condición de muchos mestizos nacidos de encuentros no sancionados ni por la ley ni por la iglesia. No es que este sea el caso concreto del mismo Balta o de su pequeño retoño, pero sí es un rasgo que comúnmente se les atribuía a los mestizos desde tiempos coloniales. La marca del mestizo iba unida a la de la ilegitimidad y la bastardía.

La ausencia del padre, además, implica una orfandad que el pequeño hijo de Balta y Adelaida tendrá que enfrentar a lo largo de su vida. Si el bebé es el origen del “perseguidor” en el inconsciente de Balta, entonces es el mestizo que competitivamente desplaza a otro mestizo, ocupando su lugar, particularmente cuando no hay una estructura social que devuelva al individuo sus nexos con otros seres humanos y con el universo.

El proceso de infantilización que sufre Balta es paralelo al de su transformación en su ser hosco y desagradable, que no encuentra lugar en el mundo que lo rodea, ni siquiera el natural. La infantilización indica un intento desesperado por recuperar a la madre, pero este intento quedará frustrado ante la presencia de otro niño, más joven y sin la marca –aún– de la orfandad plena que caracteriza a Balta¹².

En un Perú desgarrado entre su herencia indígena y su herencia española, el caso de Balta podría representar el de muchos individuos, con distintas variantes, obviamente. Recordemos que

¹² En el cuento “Muro antártico”, de *Escalas*, se presenta una relación en que la mujer se transforma en un todo múltiple con distintas funciones salvadoras y protectoras: “¡Oh Soberana! Lava tus pupilas verdaderas del polvo de los recodos que las cubre y, cegándolas, tergiversa tus sesgos sustanciales. ¡Y sube arriba, más arriba, todavía! ¡Sé toda la mujer, toda la cuerda! ¡Oh carne de mi carne y hueso de mis huesos! ¡Oh hermana mía, esposa mía, madre mía!” (Vallejo, *Escalas* 28). El sujeto triplemente huérfano no es exclusivo, pues, de *Fabla salvaje*.

en la trama hay por lo menos un amigo que sufre los mismos trastornos. La disociación que experimentan ambos mestizos frente al entorno, con sus vínculos comunicativos cortados, revela una condición peruana sin solución ni armonía.

El mestizaje como propuesta unificadora de una identidad peruana se ve profundamente cuestionado con la alegoría de Balta y su transformación y desdoblamiento. El “otro” que aflora es la sombra de la destrucción del vínculo dialogante con la naturaleza y con la comunidad humana. En buena medida, *Fabla salvaje* representa un “discurso de la armonía imposible” (concepto aplicado por Antonio Cornejo Polar al Inca Garcilaso, otro gran mestizo histórico), ya que no se logra –ni se puede lograr– una plenitud individual en un contexto de opresión social y cultural, de colonialidad y neocolonialidad, mucho menos de orfandad.

El Perú ha fallado en Balta, pues Balta es un tipo de Perú, literalmente alienado y autodestructivo, que resulta de intentos centenarios por amalgamar por la fuerza dos culturas extrañas entre sí, privilegiando una sola lengua y una sola episteme occidental. Vallejo, con *Fabla salvaje*, cuestiona la “fábula” nacional criolla y republicana del “Somos libres” y nos presenta un cuadro profundamente crítico de nuestras falencias como país y como sociedad de un mestizaje frustrado o (para seguir con la alegoría) *abortado*, que no logra asumir su razón comunicativa con su lado indígena y condena a este al salvajismo degradante.

Conviene resaltar estos aspectos de la obra, anticipos de la visión de Vallejo del Perú en los años posteriores, en que adopta una perspectiva y una praxis marxista y radical, pero a la vez

contradictoria y cristiana, de la escritura y el quehacer intelectual¹³.

Apena decirlo, pero, de haberse quedado en el Perú, quizá Vallejo habría sufrido el mismo destino de Balta.

El “otro yo” de la peruanidad (la “sensibilidad salvaje” y la orfandad absoluta del mestizo) probablemente lo habría destruido.

Bibliografía citada

Barrantes Castro, Pedro. “La novela peruana”. Prólogo a *Fabla salvaje*, de César Vallejo. Lima: Revista La Novela Peruana, n. 9, 1923, p. 3.

Cornejo Polar, Antonio. “El discurso de la armonía imposible (El Inca Garcilaso de la Vega: discurso y recepción social)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 38 (1993): 73-80.

Devicenzi, Leticia Penélope. “El doble: un monstruo moderno en los cuentos de Maupassant”. En *VI Congreso Internacional de Letras, 2014: Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística*. <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/CIL/VI-2014/paper/viewFile/2071/888>. Consultado el 25/08/2021.

Espejo Asturrizaga, Juan. *César Vallejo, itinerario del hombre*. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1965.

Fernández, Carlos, y Valentino Gianuzzi. *César Vallejo: textos rescatados*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2009.

¹³ En su crónica “¿Qué pasa en América del Sur?”, de 1933, dice abiertamente que “el Perú es tres países [la costa, la sierra y la selva], cada cual, con su lengua, sus creencias y sus costumbres del todo distintas” (Vallejo 2017: 125). Más abajo, en la misma crónica, sin embargo, continúa –como Balta– sin comprender la cosmovisión indígena, a la que se refiere despectivamente: “En la Sierra, son los indígenas puros o un tanto blanqueados por el contacto con los primeros españoles, quienes forman el grueso de la población, con un catolicismo bárbaro e híbrido, mezcla de supersticiones panteístas de origen incaico y de una suerte de idolatría ritual medievalesca” (*ibid.*).

González Montes, Antonio. *Introducción a la narrativa de Vallejo*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.

González Vigil, Ricardo. “Prólogo”. En César Vallejo, *Novelas y cuentos completos*. Lima: Ediciones Copé, 1998. 7-33.

–. *Claves para leer a César Vallejo*. Lima: Editorial San Marcos, 2009.

Guzmán, Jorge. *Tahuashando: lectura mestiza de César Vallejo*. Santiago de Chile: LOM (segunda edición), 2000.

Hopkins Rodríguez, Eduardo. “Fabla modernista en *Fabla salvaje* de César Vallejo”. Lejana. *Revista de Narrativa Breve* 13 (2020): 140-148. Descargable en: <https://ojs.elte.hu/index.php/lejana/article/view/438/344>

Mariátegui, José Carlos. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928]. Prólogo de Aníbal Quijano. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2007. Descargable en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191120045233/7_ensayos_de_interpretacion_de_la_realidad_peruana.pdf

Mazzotti, José Antonio. “Indigenismos de ayer: prototipos perdurables del discurso criollo”. En *Indigenismo hacia el fin de milenio. Homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Ed. por Mabel Moraña. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1988, pp. 77-102.

–. “Prólogo” to *Escalas [melografiadas]* por César Vallejo. Editado por José Antonio Mazzotti. Rosario, Argentina: Editorial Serapis, 2012, pp. 9-21.

–. “Vallejo y mi abuelito: persona poética y persona real en *Los heraldos negros*”. *Revista Archivo Vallejo* 4, 4 (2019): 17-45. Descargable en: <https://www.archivovallejo.com/index.php/archivovallejo/article/view/80/102>

Merino, Antonio. “Estudio preliminar”. En *Narrativa completa*, de César Vallejo. Madrid: Akal, 2007, pp. 7-121.

Molina Foix, Juan Antonio. *Cuentos de dobles (una antología)*. Madrid: Siruela, 2007.

Olascoaga, José Fernando. *El mundo andino en la obra de César Vallejo*. Tesis doctoral. Texas Tech University, 2009. Descargable en: https://ttu-ir.tdl.org/bitstream/handle/2346/13113/Olascoaga_Jose_Diss.pdf?sequence=1

Pachas Almeyda, Miguel. *¡Yo que tan solo he nacido! (Una biografía de César Vallejo)*. Lima: Juan Gutemberg Editores, 2018.

Puccinelli Villanueva, Jorge. “*El escándalo acerca de Vallejo*”: *Trilce y el diario El Norte*. Lima: Fuente de Cultura Peruana, 2020.

Vallejo, César. *Escalas [melografiadas]* por César Vallejo [1923]. Editado por José Antonio Mazzotti. Rosario, Argentina: Editorial Serapis, 2012.

–. *Fabla salvaje*. Lima: Revista La Novela Peruana, n. 9, 1923.

–. *César Vallejo, corresponsal de prensa. Antología de crónicas y artículos*. Selección y prefacio de Domingo Vargas Loli. Trujillo: Fondo Editorial Municipal de la Municipalidad de Trujillo, 2017.

Villanes, Carlos. “El indigenismo en Vallejo”. *Cuadernos hispanoamericanos* 456-457 (*Homenaje a César Vallejo*, junio-julio 1988): 751-760.

Villarán-Broncano, Macedonio. “*Fabla salvaje* de César Vallejo: más acá del complejo edípico”. En *Vallejo 2014. Actas del Congreso Internacional Vallejo Siempre*. Gladys Flores Heredia, ed. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014, vol. 1, pp. 375-400.

FABLA SALVAJE
CÉSAR VALLEJO

I

Balta Espinar levantóse del lecho y, restregándose los adormilados ojos, dirigióse con paso negligente hacia la puerta y cayó al corredor. Acercóse al pilar y descolgó de un clavo el pequeño espejo. Vióse en él y tuvo un estremecimiento súbito. El espejo se hizo trizas en el enladrillado pavimento, y en el aire tranquilo de la casa resonó un áspero y ligero ruido de cristal y hojalata.

Balta quedóse pálido y templando. Sobresaltado volvió rápidamente la cara atrás y a todos lados, como si su estremecimiento hubiérase debido a la sorpresa de sentir a alguien agitarse furtivamente entorno suyo. Anadie descubrió. Enclavó luego la mirada largo rato en el tronco del alcanfor del patio, y tenues filamentos de sangre, congestionada por el reciente reposo, bulleron en sus desorbitadas escleróticas y corrieron, en una suerte de aviso misterioso, hacia ambos ángulos de los ojos asustados. Después miró Balta el espejo roto a sus pies, vaciló un instante y lo recogió. Intentó verse de nuevo el rostro, pero de la luna sólo quedaban sujetos al marco uno que otro breve fragmento. Por aquestos girones brillantes, semejantes a parvas y agudísimas lanzas, pasó y repasó la faz de Balta, fraccionándose a saltos, alargada la nariz, oblicuada la frente, a retazos los labios, las orejas disparadas en vuelos inauditos... Recogió algunos pedazos

más. En vano. Todo el espejo habíase deshecho en lingotes sutiles y menudos y en polvo hialóideo, y su reconstrucción fue imposible.

Cuando tornó al hogar Adelaida, la joven esposa, Balta la dijo, con voz de criatura que ha visto una mala sombra:

-¿Sabes? He roto el espejo.

Adelaida se demudó.

-¿Y cómo lo has roto? ¡Alguna desgracia!

-Yo no sé cómo ha sido, de veras...

Y Balta se puso rojo de presentimiento.

Atardeció. Sentóse él a la mesa para la comida en el corredor. Desde el poyo contemplaba Balta, con su viril dulcedumbre andina, el cielo, un cielo rosado y apacible de julio, que adoselaba con variantes profundas los sembríos de las lejanas quintas de la banda. Por sobre la rasante del huerto emergía la briosa cabeza castaña de «Rayo», el potro favorito y mimado de Balta. Miróle este, y el corcel reposó un momento sus grandes pupilas equinas en su amo, hasta que una gallina del bardal turbó el grave silencio de la tarde, lanzando un cántico azorado y plañidero.

-¡Balta! ¿Has oído? -exclamó sobresaltada Adelaida, desde la cocina.

-Sí..... Sí he oído. Qué gallina más zonza. Parece que ha sido la «pulucha».

-¡Jesús! ¡Dios me ampare! Qué va a ser de nosotros...

Y Adelaida irrumpió en la puerta de la cocina, mirando ávidamente hacia el lado del gallinero.

«Rayo» entonces relinchó medrosamente y paró la oreja.

-Es necesario comerla -dijo Balta, poniéndose de pie-. Cuando canta una gallina, mala suerte, mala suerte..... Para que muera mi madre, una mañana, muchos días antes de la desgracia, cantó una gallina vieja, color de habas, que teníamos.

-¿Y el espejo, Balta? ¡Ay Señor! Qué va a ser de nosotros...

Adelaida sentóse en el otro poyo, llevó ambas manos al rostro y se echó a sollozar. Silenciosamente lloraba. El marido estuvo meditando y callado algunos minutos.

Esposos felices hasta entonces. Muchacho aún, él adoraba tiernamente a su mujercita. Pálido, anguloso, de sana mirada agraria, diríase vegetal, y lapídea expresión en el vivaz continente, alto, fuerte y alegre siempre, Balta pasó su luna de miel lleno de delicias, rebosante de ilusión y muy confiado en los años futuros del hogar. Era agricultor. Era un buen campesino, más de la mitad oscuro aldeano de las campiñas. Adelaida era una dulce chola, riente, lloradora, dichosa en su reciente curva de esposa, y pura y amorosa para su caro varón.

Adelaida, además, era una verdadera mujer de su casa. Con el cantar del gallo se levantaba, casi siempre sin que la sintiera el marido; con suma cautela, callada persignábase, rezaba en voz baja su oración matinal, y a la húmeda luz de la aurora que a cuchilladas penetraba por las rendijas de las

ventanas, atravesaba de puntillas con sus zapatos llanos el largo dormitorio y salía. A la hora en que Balta abandonaba el lecho, ya Adelaida había ido a acarrear agua del chorro de la esquina, en sus dos grandes cántaros, el tiznado y el vidriado, que cabían por uno y medio de los corrientes. ¡Cuántos años tenía Adelaida aquellos cántaros! Se los regaló su tía abuela materna, doña Magdalena, cuando Adelaida era criatura, en gratitud al cariño y apasionada asistencia con que solía acompañarla día y noche, en su vejez achacosa y solitaria. A su vez, a la donante viejecita habíanle sido comprados y obsequiados por el tío Samuel, el día en que doña Magdalena, siendo aún señorita, obtuvo el honor de ingresar a la Sagrada Asociación del Corazón de Jesús del lugar, congregación de gran tono, formada sólo por la gente visible de la aldea.

El cántaro que Adelaida nombraba el tiznado no tenía en verdad nada en sí de excepcional, sino era los años de servicio y su tradición gentilicia. En cambio, el vidriado tenía un mérito originalísimo y fantástico. Ello es que un día, cuando tales vasijas pertenecían a la tía abuela aún, Adelaida, que apenas tenía siete años, fue a traer agua de la poza en el vidriado. Bien lo recordaba Adelaida. No podía llevar los dos cántaros, porque era muy pequeña y se habría caído con ellos. La siguió «Picaflor», la faldera, blanca y sedosa. De repente, ingresado el cántaro al fondo de la oscura compuerta para colmarse, pasaron por allí algunos

perros en encelada caravana; «Picaflor» entropóse a ellos, y alejándose fue hasta perderse en la próxima esquina, a despecho de las llamadas y amonestaciones de Adelaida. Cuando volvió, el animal enardecido acezaba y gruñía. Al acercarse a la niña, pareció irritarse más, empezó a escarbar furiosamente con las patas traseras y desnudó los finos colmillos y las rojas encías, despidiendo rencor por todas las comisuras y contracciones de su máscara. Ladró, enfureciéndose más y más. Adelaida la llamaba: «¡Picaflor! To..... To..... ¡Picaflor!» Y la can ingrata jadeaba sofocada, parapetada en una piedra, pronta al mordisco; algunas veces husmeaba agitadamente el suelo, buscando, echando de menos algo, con amoroso ahínco. Después volvía a Adelaida el hocico amenazador, y hasta hubo momentos en que saltaba e hincaba los dientes en el traje. La niña se puso a llorar, asiéndose a unos rocosos y grandes pedruscos y pateando inocentemente a la bestia rabiosa.

El torrente seguía resonando en la oscura gruta.

De improviso “Picaflor” frunció las ventanillas de la nariz y las hizo latir con creciente alborozo y con nosequé mohín cordial en sus ojillos húmedos, olor de bilis muerta. Dejó bruscamente de ladrar, fue acercándose al borde de la compuerta, y he allí que, como llamada por invisible mano, metió toda la cabeza dentro de la sombría profundidad, lamió adentro la vaga figura del vidriado y empezó a mover

el rabo con loco regocijo. Volvió de un salto hacia Adelaida y, encabritándose ante ella, dobló las manitos esclavas, como pidiendo perdón, y lamía los desnudos y tostados brazos de su pequeña ama, con su ciego y jubiloso cariño de animal que reconoce a su dueño...



Al acercarse la niña, pareció irritarse más, empezó a escarbar furiosamente con las patas traseras

II

A la hora en que Balta salía de dormir, ya Adelaida había también regado, y, con escoba que ella misma hacía de verdes y olorosas hierbasantas traídas a esa hora de la campiña, había barrido, plata, los dos corredores, los dos patios hasta cerca de los primeros rellanos del huerto, la pequeña sala de arriba, el zaguán y la calle correspondiente a la casa. Se había lavado, y cuando servía el caldo matinal, de rica papaseca, festoneada de tajadas de áureo rocoto perfumado, a su marido plácido, todavía caían al plato humeante algunas gotas de mujer, de sus largas y negras trenzas.

Adelaida era una verdadera mujer de su casa. Todo el santo día estaba en sus quehaceres, atareada siempre, enardecida, matriz, colorada, yendo, viniendo y aún metiéndose en trabajos de hombre. Un día Balta estuvo en la chacra, lejos. La mujer, agotadas sus faenas, propias de su incumbencia femenina, fue al corral y sacó a «Rayo». El caballo venía buenamente a la zaga de Adelaida, que lo ató al alcanfor del patio, y trajo seguidamente las tijeras. Se puso a pelarlo. Mientras hacía esto cantaba un yaraví, otro.

Tenía una voz dulce y fluvial: esa voz rijosa y sufrida que entre la boyada es guía en las espadañas yermas, acicate o admonición apasionada en las siembras; esa voz que cabe los torrentes y bajo los arqueados y sólidos puentes, de maderos

y cantos más compactos que mármol, arrulla a los saurios dentados y sangrientos en sus expediciones lentas y lejanas en los remansos alvinos, y a los moscardones amarillos y negros en sus vagabundeos de peciolo en peciolo; esa voz que enronquece y se hace hojarasca lancinante en la garganta, cuando aquel cabro color de lúcumo, púber ya, de pánico airón cosquillante y aleznada figura de incubo, sale y se va a hacer daño al cebadal del vecino, y hay que llamarlo con silbido del más agudo pífano y a piedra de honda, luciendo así la de lana verde y dorada que tejieran en regalo manos amorosas, y que, por esto, duele de veras estropearla y acabarla. Voz que en las entrañas de la basáltica peña índiga de enfrente tiene una hermana encantada, eternamente en viaje y eternamente cautiva... Así era la voz de Adelaida.

«Rayo» dejábase.

-Mañana, señor, va usted a portarse muy bien. Su dueño quiere tirar la prosa. Ya sabe usted. Déjese, déjese. Debe usted presentarse hermoso.

El potro se inclinaba, deponiendo ante la dulce voz de la hembra imperiosa las tablas del fornida y gallardo cuello reluciente.

Adelaida acabó el trasquilo.

-¿Qué estás haciendo?

Balta llegó y su mujer se echó a reír, respondiéndole, bajo un halo llameante de casta verecundia:

-Nada. Ya está. Ya está terminado.

-Conque sólo para pelar al animal vengo, suspendiendo y abandonando tanto trabajo que hay allá... ¡Qué tal mujercita!

Ella se reía más dulcemente aún, y el marido acaricióla conmovido y lleno de pasión.

III

Aquel día en que cantó la gallina, Adelaida estuvo gimiendo hasta la hora en que acostó.

Fue una noche triste en el hogar.

Balta no pudo dormir. Revolvíase en la cama, sumido en sombríos pensamientos. Desde que se casaron era la primera zozobra que turbaba su felicidad. De vez en cuando se oía el gemir entrecortado de Adelaida.

A Balta habíale ocurrido una cosa extraña al mirarse en el espejo: había visto cruzar por el cristal una cara desconocida. El estupor relampagueó en sus nervios, haciéndole derribar el espejo. Pasados algunos segundos, creyó que alguien habíase asomado por la espalda al cristal, y después de volver la mirada a todos lados en su busca, pensó que debía estar aún trastornado por el sueño, pues acababa de levantarse, y se tranquilizó. Mas, ahora, en medio de la noche, oyendo sollozar desvelada a su mujer, la escena del espejo surgía en su cerebro y le atormentaba misteriosamente. No obstante, creyó de su deber consolar a Adelaida.

- No juegues, Adelaida, -le dijo-. ¡Llorando porque canta una gallina!... Vaya... ¡No seas chiquilla!

Esto lo dijo haciendo de tripas corazón, pues aguja muy fina jugaba a lo largo de sus tensas venas y cosía ahí un recodo a otro, una papila firme y vibrátil a otra fugitiva, con dura pita

negra que él nunca había visto brotar de los vastos pencales maduros... Era dura esa pita, y le hacía doler; y esa aguja erraba vertiginosamente en su sangre conturbada. Balta quería cogerla y se le escurría de los dedos. Sufría, en verdad. No quería dar importancia al incidente del espejo, y sin embargo, éste le perseguía y le mordía con sorda obstinación.

Al otro día Balta lo primero que hizo al salir a la calle fue comprar un espejo. Tenía la fantástica obsesión del día anterior. No se cansaba de mirar en el cristal, pendiente en la columna. En balde. La proyección de su rostro era ahora normal y no la turbó ni la más leve sombra extraña. Sin decirle nada a Adelaida, fue a sentarse en uno de los enormes alcanfores, cortados para vigas, que habían agavillados en el patio, contra de uno de los muros, y estuvo allí ante el espejo, horas enteras. La mañana estaba linda, bajo un cielo sin nubes.

Sorprendióle la vieja Antuca, madre de Adelaida, que venía a pedir candela. Díscola suegra ésta, media ciega de unas cataratas que cogió hacía muchos años, al pasar una medianoche, a solas, por una calle, en una de cuyas viviendas se velaba a la sazón un cadáver; el *aire* la hizo daño.

-¿No te has ido a la chacra, Balta? Don José dice que el triguito de la pampa ya está para la siega. Dice que el sábado lo vio, cuando volvía de las Salinas...

Balta tiró una piedra.

-¡Cho!... ¡Chooo! ¡Adelaida! ¡Esa gallina!

Las gallinas picoteaban el trigo lavado para almidón que, extendido en grandes cobijas en el patio, se secaba al sol de la mañana.

Cuando se fue la vieja, dejó la portada abierta y entró un perro negro de la vecindad. Acercóse a Balta que seguía sentado en las vigas color de naranja, y empezó a husmear y a mover su larga cola lanuda, haciendo fiestas con gazmoñería acrobática y mal disimulada. Balta, que se entretenía lanzando destellos de sol con el espejo por doquiera, puso delante del perro la luna. El vagabundo can miró mudamente a la superficie azul y sin fondo, oliéndola, y ladró a su estampa con un ladrido lastimero que agonizó en un retorcimiento elástico y agudo como un látigo.

Vinieron las cosechas.

Balta no volvió a recordar más de cuanto aconteció en el hogar aquella tarde en que la gallina dio su canto, hasta un día de Setiembre, en que Adelaida, en la parva de trigo, le dijo de improviso:

-Levanta tú esta alforja. Yo ya no puedo con ella.

-Estás enferma?

Adelaida bajó sus ojos dulces de mujer, con un aire inefable de emoción.

-¿Y desde cuándo? -repuso él, en voz baja y paterna, empapada de felicidad y lacerada de ternezas y de lágrimas.

Adelaida lloró, y luego se abrazaron padre a padre.

Musitó ella tímida y pudorosa:

-Según creo, desde Julio.

Habiendo oído Balta estas graves palabras, y luego de meditar un momento, una nube sombría subió con ferrado vuelo a su frente. «Desde Julio...», pensó. Y entonces recordó, después de largo tiempo, la visión intempestiva que, como en sueños, tuvo en el espejo, aquella lejana tarde de Julio, y la ruptura del espejo, por el estupor de esa visión. «Extraña coincidencia -se dijo en la parva-, bien extraña...» Un misterioso y atroz presentimiento sopló en sus venas un largo calofrío.

Pasaron las cosechas.

Pasó el estío, y llegó el otoño, y, con los días ventosos y ásperos, la época de siembra. Uno que otro día bajaba una lluvia fuerte y brusca, y siempre tempestuosas nubes altas poblaban el espacio.

Balta y Adelaida trasladáronse a la chacra.

IV

Ya en la chacra, una tarde Balta, al tornar de su trabajo, dio de abrevar a sus bueyes en la laguna de enfrente de la cabaña. A su vez, él, sediento y transido de cansancio, fue a la fuente de agua limpia que manaba entre los matorrales, arrodillóse y bebió directamente. Se oyó los tragos durante algunos instantes, sumersos los labios. De repente, Balta saltó bruscamente y dio dos o tres pasos atrás tambaleándose y golpeando y haciendo cimbrar el tierno tallo de un alcanfor, cuyo follaje hizo estrepitosas y lúgubres cosquillas en los árboles de la pradera. Miró a uno y otro lado por descubrir quién había a sus espaldas, sin hallar a nadie; buscó entre los matorrales. Nadie. Volaron en diversas direcciones algunas palomas y pajarillos azorados. Un gallinazo, con moroso y aceitado vuelo, pasó de un alcanfor a otro, donde saltó, probó varios ramajes y por fin desapareció con leve y goteante rumor de hojas secas.

De nuevo, y después de algunos meses, aconteció a Balta muy parecida cosa a la que le sucedió aquella tarde de Julio ante el espejo. Entre el juego de ondas que producían sus labios al sorber el agua, habían percibido sus ojos una imagen extraña, cuyos trazos fugitivos palpitaron y diéronse contra las sombras fugaces y móviles de las hierbas que cubren en brocal el manantial. El chasquido punteado y ruidoso de sus

labios al beber erizó de pavor la visión especular. ¿Quién le seguía así? ¿Quién jugaba con él así, por las espaldas, y luego se escabullía con tal artimaña y tal ligereza? ¿Qué era lo que había visto? La inquietud hincóle en todas sus membranas. Era extraordinario. Vaciló. Creyóse en ridículo, burlado. La cabeza le daba vueltas. Era curioso. ¿Quizá su mujercita que jugaba inocente? No. Ella le respetaba mucho, para hacer eso. ¡No!

Balta era un hombre no inteligente acaso, pero de gran sentido común y muy equilibrado. Había estudiado, bien o mal, sus cinco años de instrucción primaria, Su ascendencia era toda formada de tribus de fragor, carne de surco, rústicos corazones al ras de gleba patriarcal. Había crecido, pues, como un buen animal racional, cuyas sienes situarían linderos, esperanzas y temores a la sola luz de un instinto cabestreado con mayor o menor eficacia, por ancestrales injertos de raza y de costumbres. Era bárbaro, mas no suspicaz.

Desde aquel día en que repitióse, por segunda vez, ante sus ojos perplejos, la imagen extraña en la fuente, Balta iba adquiriendo un aire preocupado. Dábale en qué pensar inmensamente el episodio alucinante. ¿Qué podía ser todo aquello? Quiso decírselo a Adelaida, pero, temiendo hacer el ridículo ante su mujer, optó por guardarle reserva del incidente.

El domingo próximo fue al pueblo. Dio en la plaza con un viejo amigo suyo, camarada de escuela que fue. No pudo

resistir a la tentación de comunicarle sus cuitas. El relato lo hizo riendo, dudando por momentos, otras veces poblada el ánimo de mil sospechas, herida de pueril indignación, o torvamente intrigada. El otro se echó a reír a las primeras frases de Balta, y después replicó con grave acento de convicción:

-No es extraño. A mí me sucede a veces cosa muy semejante, En ocasiones, y esto me acontece cuando menos lo pienso, cruzan como relámpago por mi mente una luz y un mundo de cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen. Cuando estuve en Trujillo, una señora a quien referí esto me dijo que eran rasgos de locura y debía yo cuidarme mucho...

Balta no pudo entender nada de esto, El relato de su amigo resultó muy y complicado.

En tanto pasaban las semanas en las siembras.

Balta hubo de ir una mañana a los potreros, a lo largo de un calvero en el arbolado, y bordeando una acequia de regadío. Iba solo. De pronto, y sin darse cuenta, bajaron sus pupilas a la corriente y tuvo que hacerse él a un lado, despavorido. Otra vez asomóse alguien al espejo de las aguas. Prodújose al propio tiempo un rumor fugitivo entre los sauces que erguíanse a la vera del arroyo. Volvió Balta la cara en esa dirección y vio que entre los tupidos ramajes de trepadoras y malvarosas recobraban las hojas su natural posición que, al parecer, acababa de romper y alterar una fuga atropellada y volátil, como de astuto y bárbaro

mamífero asustado, o de ágil y certera brazada de alguien que huye. Balta dio gritos de alerta:

-¡Quién va!... ¡Guarda, sin vergüenza!...

Y persiguió a su presa, decidido. Mas todo en vano. Vagó en toda la vecindad; escudriñó las copas de los árboles, detrás de las piedras, bajo las compuertas, sin resultado.

Era la tercera vez que sorprendía aquella presencia aleve y desconocida. Tampoco dio noticias de esta nueva aventura a su mujer, aunque un instante sus cavilaciones atreviéronse -¡con esa maldita libertad del pensamiento!- a suponer cosas horribles y ofensivas para ella; o quizá, por eso mismo, no la refería nada, y seguía con rigurosa discreción la pista de cuanto pudiera sobrevenir a sus sospechas...

Con el decurso de los días mostrábase Balta más taciturno y sombrío. Tenía de vez en cuando largos recogimientos, en que se ponía abstraído y como sonámbulo, o solía alejarse de la casa a solas, sin que se supiese a dónde iba ni a qué iba. Cambiaba notablemente de modo de ser aquel cholo. Con su mujer empezó a conducirse de muy distinta manera que antes, teniendo para ella inusitados arranques de pasión exaltada y dolorosa. Un día la dijo:

-Oye ven, Siéntate aquí.

Sentáronse ambos en el poyo de la puerta que da al cerco del camino. La dio un beso despavorido, y con angustia sin causa suspiró:

-Si ya no me quisieras un día, Adelaida...

Guardó silencio ella, inclinada. Nunca había sido desconfiado él; ¡jamás la espina más leve de un posible olvido hirió su corazón! Fraternal ternura, fe religiosa y ciega, puro y cándido regazo los había unido siempre.

Adelaida penetró al patio, y Balta quedóse solo, en su mismo sitio, sumido en la meditación.

Había tomado una vaga aversión por los espejos. Balta los recordaba con informe y oscuro desagrado. Una noche se soñó en un paraje bastante extraño, llano y monótonamente azulado; veíase solo allí, y poseído de un enorme terror ante su soledad, trataba de huir sin poderlo conseguir. En cualquier sentido que fuese, la superficie aquella continuaba. Era como un espejo inconmensurable, infinito, como un océano inmóvil, sin límites. En una claridad deslumbrante, de sol en pleno mediodía, sus náufragas pupilas apenas alcanzaban a encontrar por compañía única su sombra, una turbia sombra intermitente, la que moviéndose a compás de su cuerpo, ya aparecía enorme, ancha, larga; ya se achicaba, eludíase hasta hacerse una hebra impalpable, o ya se escurría totalmente, para volver a pasar a veces tras de sí, como un relámpago negro, jugando de esta suerte un juego de mofa despiadada que aumentaba su pavor hasta la desesperación... Cuando despertó, a los gritos de su mujer, estaban sus ojos arrasados en lágrimas.



-Si ya no me quisieras un día, Adelaida....

-¿Qué has estado soñando? -le preguntó Adelaida, solícita e inquieta-. ¡Te has quejado mucho!

-Ha sido una pesadilla -murmuró él.

Y ambos callaron.

Lo extraño, como se verá, era que Balta no hacía partícipe de nada de estas incidencias a su mujer. Observaba con ella, en este respecto, el más hermético y cerrado silencio. Y de este modo desarrollábase en su espíritu, como una inmensa tenia escondida, una raíz nerviosa, cuya savia había ascendido desde la linfa estéril de un aciago cristal..... ¿Por qué no la había noticiado todo, desde el primer instante, a su compañera? ¿Por qué, al contrario, junto a esa hebra torturadora, que no se sabe a dónde había de ir a ensartarse, encendíase un granate desconocido entre los brazos de su amor? ¿Por qué bajaba ese beso tempestuoso y tan cargado? ¿Por qué esa pasión exaltada y dolorosa nacía? La tragedia empezaba, pues, a apolillar, de tal manera, a ocultas, y capa a capa, de la médula para afuera, aquel duro y milenario alcanfor que hace de viga céntrica suspenso de largo en largo, a modo de espina dorsal, en el techo del hogar...

Balta empezaba a sentir un recelo, quizá sin motivo, por su mujer, un recelo oscuro e inconsciente, del cual él no se daba cuenta. Ella tampoco se daba cuenta, aunque notaba que su marido cambiaba en sus relaciones con ella, de modo muy palpable.

-Vámonos ya al pueblo, -insinuóle Adelaida, a tiempo en que las faenas triptolémicas tocaban a su fin.

-Aun hay mucho que hacer -respondió Balta misteriosamente.

Desde el domingo en que conversó con su amigo en la plaza, no había vuelto al pueblo. Cuántas veces se ofreció la necesidad de que lo hiciera por razones domésticas, negábase a ello, invocando diversos inconvenientes o pretextando cualquier futilidad. Parecía huir del bullicio y buscar más bien la soledad, sin duda ganoso de comprender a tan menguado perseguidor que, por lo visto, algo intentaba con él, y algo no muy bueno por cierto, ya que así lo asediaba, vigilándole, siguiéndole los pasos, para asegurarse acaso de él, de Balta, o para asestarle quién sabe con qué golpe... Pero también tenía miedo a la soledad de la casa del pueblo, a la sazón abandonada y desierta, con sus corredores que las gallinas y los conejos habrían excrementado y llenado de basura. Al pensar en esto, evocaba, sin poderlo evitar, el pilar donde aún estaría el clavo vacante y viudo del espejo. Un torvo malestar le poseía entonces. La evasiva para ir a la aldea se producía rotunda e indeclinable.

Triste y siniestra expresión iba cobrando su semblante. En los días de Enero, en que caía aguacero o terribles granizadas, y cuando los campos negros y barbechados ya daban la sensación de gruesos paños fúnebres, estrujados, doblados en grandes pliegues caprichosos, o desgarrados y echados

al viento, pábulo tormentoso adquirirían sus inquietudes. Los chubascos, que duraban algunas horas, hacían numerosas charcas en el patio resquebrajado de la morada. Balta, si no había ido a las melgas, o si, a causa de la lluvia, veíase obligado a suspender el trabajo y a recogerse, permanecía sentado en uno de los poyos del corredor, cruzados los brazos, oyendo absortamente el zumbir de la tempestad y del viento sobre la pajiza techumbre que amenazaba entonces zozobrar. Allí solía estarse, hasta que sobreviniera alguna circunstancia que lo reclamase; tal, por ejemplo, para espantar a los puercos que, a causa del eléctrico fluido del aire, osaban nerviosos el portillo del chiquero, rugiendo y haciendo un ruido ensordecedor. Los golpeaba él con un palo y afianzaba y guarnecía con nuevos cantos la entrada del corral; pero los animales no cedían y seguían rugiendo y empujando con rabia salvaje las piedras de la poterna. «¡Pero qué tienen estos animales del diablo!...» exclamaba Balta, poseído de una impresión de cólera y sutil inquietud de presagio.

El ronquido de la tempestad crecía, y como propinando largos rebencazos al cuerpo entero del viejo bohío, despertaba en todo él intermitentes estremecimientos de zozobra y de terror, en que, era el chirrido fácil de una armella suelta, era la caída incierta de una teja deshecha por tenaz humedad; era aquella chorrera vertical que, siguiendo el sublime juego del aire enrarecido y ahogado, la densidad de

la lluvia de la que fugaba el ozono azorado, y los invisibles sesgos de la luz adolorida, evacuaba, y, acentuando su curva aún más asombrosamente, disputaba de súbito otro cauce entre la paja del techo; era el golpe batido y familiar del batán, donde molía Adelaida para la merienda, todo detonaba en los nervios, y una vaga impresión funesta suscitaba en el ánimo. Tal un cerdo maltón, de rojizo cerdaje y grandes púas dorsales, que recién acababa de dejar la leche, por haberse perdido su madre no se sabe por dónde en las jalcas, se puso a gritar como loco, corriendo de aquí para allá, entre los demás. Balta le dio una pedrada, y el pobrecito bajó la voz, y así, de rato en rato, se estuvo quejando toda la tarde. ¡Oh la medrosa voz animal, cuando graves desdichas nos llegan!

Balta, sin saber por qué, tuvo miedo afuera y se fue a la cocina. Al cruzar el patio, lleno de charcas, vio temblar borrosa y corrediza una silueta sobre las aguas que danzaban bajo la tempestad. Cuando entró a la cocina lo hizo corriendo y como si lo persiguiesen... Adelaida molía en el batán. Empezaron a conversar entusiasmadamente. Parecía él querer aturdirse, y le habló a su mujer muy de cerca sobre el invierno que recrudecía y sobre otras bagatelas. De nuevo Adelaida le dijo que era tiempo de regresar al pueblo, y otra vez él repitió:

-¡Aun hay mucho que hacer!... Nos iremos en febrero.

Don José, el viejo alpartidario, y sus dos hijos llegaron completamente mojados. Con ellos vino, todo molido y lloroso, Santiago, el hermanito de Adelaida. De uno de sus pies cubiertos de barro manaba una sangre clara, en que había el inocente carmín espontáneo de las tibias granadas de los temples.

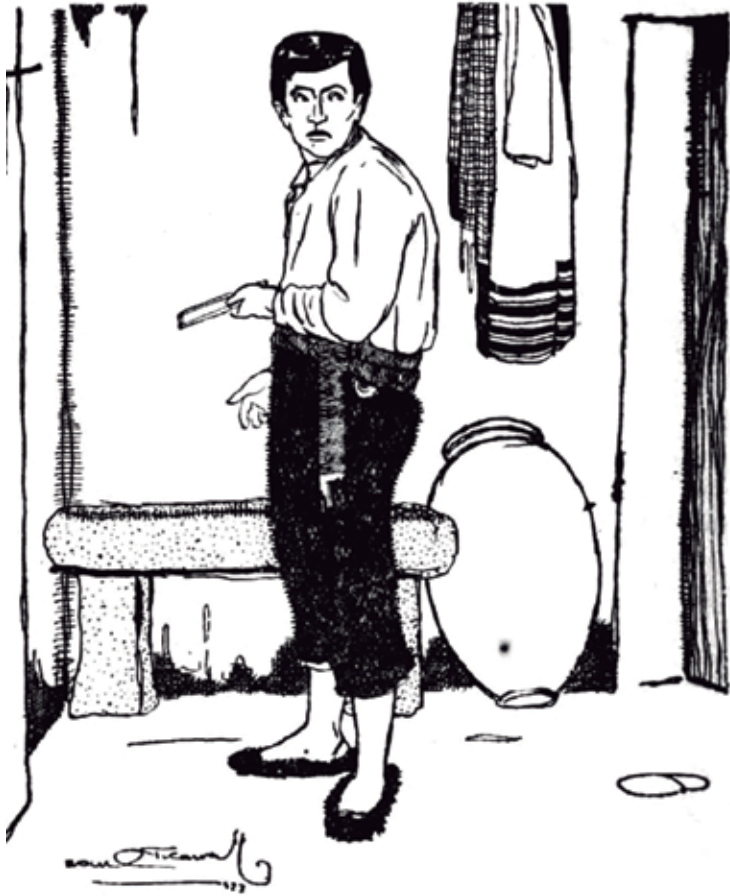
V

Algunos días después, inopinadamente, Balta se fue al pueblo. Se fue solo y directamente a la casa. Penetró al zaguán. Un revuelo espeso y de fuga reventó adentro. Sobre el tejado de enfrente posáronse varias palomas y tórtolas silvestres, de tornasolados cuellos, y asustadas agitáronse aguaitando con sus ardientes ojos amarillos, en todas direcciones. Un conejo tordillo y zahareño no supo por dónde meterse; peleó con otro, gordo y rufo, y, gritando, se atunelaron ambos por entre los nidos de las gallinas. Balta se sintió sacudido de un calofrío de inmensa orfandad; y, echando de ver las paredes tan pronto entelarañadas aún más debajo de las soleras; las hendiduras que los pájaros practicaron entre los adobes; las puertas cerradas con candado, el huerto marchito y difunto, sólo salpicado de unas que otras flores tardías de azafrán, recostóse en el umbral de la puerta de la sala, como guareciéndose, y un llanto que él no pudo contener bañó sus mejillas. ¿Por qué, pues, lloraba así? ¿Por qué?...

Luego tuvo un acceso de imprevista serenidad. Siguió al dormitorio, lo abrió y penetró a grandes pasos. Volvió a salir, y aclaróse tosiendo el pecho, del que salió entonces uno como restallido de madera que corre, tropieza, trota y se arrastra sobre la punta de un clavo inmóvil e inexorable. Traía el espejo en una mano. Como quien no hace nada, se vio

en el cristal un segundo, pero apenas un segundo de tiempo, y, apartándolo, se quedó tieso como si fuera de palo. ¿Qué vio? ¿La imagen desconocida? ¿No vio más que la suya? Miró a todas partes con modo tranquilo y amplio; miró hacia la huerta, imperturbable, seguro, iluminado.

Esta vez Balta pareció no sobresaltarse; mejor dicho, pareció sobresaltarse demasiado, mucho, en exceso. En aquel instante insólito, no creyó haber visto a ningún extraño a su espalda, a sus flancos. como en anteriores ocasiones. Era su propia imagen la que él veía ahora, su imagen y no otra. Pero tuvo la sensación inexplicable y absurda de que el diseño de su persona en el cristal operó en ese brevísimo tiempo una serie de vibraciones y movimientos faciales, planos, sombras, caídas de luz, afluencias de ánimo, líneas, avatares térmicos, armonías imprecisas, corrientes internas y sanguíneas y juegos de conciencia tales, que no se habían dado en su ser original. ¡Desviación monstruosa, increíble, fenomenal! ¡Desdoblamiento o duplicación extraordinaria y fantástica, morbosa acaso, de la sensibilidad salvaje, plena de prístinos poros receptivos de aquel cholo, en quien, aquel día bárbaro de altura y de revelación, la línea horizontal que iba desde el punto de intersección de sus dos cejas, desde el vértice del ángulo que forman ambos ojos en la visión, hasta el eje de lo invisible y desconocido, se rajó de largo a largo, y una de esas mitades separándose fue de la otra, por una fuerza



¿No vio más que la suya? Miró a todas con modo tranquila y amplio

enigmática pero real, hasta erguirse perpendicularmente a la anterior, echarse atrás, como si alcanzase la más alta soberanía y adquiriese voz de mando, caer por último a sus espaldas, empalmarse a la horizontalidad de la otra mitad, y formar con ella, como un radio con otro, un nuevo diámetro de humana sabiduría, sobre el eterno misterio del tiempo y del espacio...

A su predio tornó Balta esa misma noche. Una vez en su lecho, se sintió acometido de angustioso frenesí, y un insomnio poblado de sombras y de febril alarma goteó toda la noche sobre sus almohadas y sobre su corazón. Por momentos amodorrábase y oscurecía todo su ser, y por momentos cavilaba con gran lucidez. Reflexionaba. En medio del silencio de la noche, desabarquillaba fibra a fibra recuerdos de lugares, fechas, acontecimientos e imágenes, deduciendo relaciones, atando cabos sobre su posición actual en la vida. Acordábase de que él era huérfano de padre y madre, y que, salvo una hermana que tenía en una hacienda remota, la única sangre suya estaba toda contenida en él y nada más. Luego pasaba su pensamiento a su mujer, y por inextricable asociación de ideas, al espejo. Repasaba entonces sus cuitas y sobresaltos por la idea de que alguien le seguía los pasos. Se hacía mil interrogaciones sobre si estaba o no seguro de lo del espejo. Quería fijar bien los contornos de la imagen que veía en el cristal. Esforzábase

a ello, sin conseguirlo; mas, si lo hubiera conseguido, se habría tapado los ojos de la imaginación y habría tenido horror. Recordó entonces vagamente lo que le dijo el amigo, el domingo, en la plaza: «...cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen». Después recordaba otras cosas. Cuando era aún maltón tenía reuniones nocturnas con numerosos muchachos, entre los que habían algunos pertenecientes a principales familias del pueblo, y otros que volvían ya del Colegio, muy leídos y cultos. Referíanse entonteces, a la recíproca, narraciones fantásticas y sucedidos increíbles. Uno de ellos dijo cierta noche: «A mí me pasó una vez una cosa horrorosa. Hallábame tendido, cara arriba, sobre mi cama, a eso de la hora de oración. Meditaba yo a solas, y de improviso advertí que mis pies retirábanse y se alejaban sin fin. Advertíme el cuerpo estirado y crecido gigantescamente, y, lleno de miedo y de espanto, quise pararme; no podía, pues que chocaría con el techo. Empecé a gritar aterrado. Alguien acertó a ir por allí y acudió...» Balta, confundido y exhausto, golpeó la sien contra el lecho y cambió de posición en las almohadas.

Su mujer reposaba a su lado, tranquila. La vieja Antuca, su suegra, que dormía en la misma pobre habitación, pareció conturbarse; balbuceó no sé qué palabras incomprensibles entre sueños, y luego lanzó algunos alaridos, como si le

hiciesen doler una herida invisible y profunda. Balta se quedó adormecido.

Al día siguiente había en su semblante una sombra aun más ensimismada y más hosca. Vio a su mujer y sus ojos despidieron un resplandor extraño.

Temprano se ausentó a solas, sin haber cruzado palabra alguna con nadie. ¿Por qué pues, se iba así? ¿Por qué ese inmotivado recelo para su pobre mujer? Buscaba la soledad Balta, cada día con mayor obstinación.

-¿Qué tienes Balta? -llegó a interrogarle Adelaida-. ¿Qué te pasa, que estás así? No quieres que nos vayamos. El invierno me da miedo, Balta. ¡Vámonos, por Dios! ¡Vámonos! ¿Bueno?...

Ella le dijo esto, asióse del brazo viril y recostó la sienta suavemente rendida sobre el hombro de su marido.

Hizo él una mueca de fastidio:

-Te he dicho que no.

Dos lágrimas asomaron azoradas y tímidas a los ojos de ella, al mismo tiempo que la faz taciturna y huraña de Balta tuvo una violenta expresión amenazadora.

Adelaida solía ir con su hermanito uno que otro día al pueblo, por ver los animales de la casa. A cada retorno suyo al campo, en el marido subía la opresión interior y subía el recelo para con ella. Ya este recelo, de inconsciente y oscuro que fue en un principio, tornóse consciente y claro ante los ojos de Balta. Esto aconteció un día en que alejóse él de la

cabaña sin rumbo, a través de los arados predios, por las planicies de mustias sarracas andinas y por los peñascales encrespados y mudos.

Caminó incansablemente. Era de mañana y, aunque no llovía, el cielo estaba cargado y sin sol. Era una mañana gris, de ésas preñadas de electricidad y de hórrido presagio que palpitan en todo tiempo sobre las tristes y rocallosas jalcas peruanas, las que parecen recogerse y apostarse unas a lado de otras, a esperar insospechados acontecimientos en las alturas, ciclópeos y dolorosos alumbramientos de la Naturaleza.

Balta iba paso a paso y, luego de haber andado largas horas por las vertientes más elevadas, se detuvo al fin junto a un montículo herboso. Subió a un gran risco, esbelto, pelado y tallado como un formidable monolito. Subió hasta la cúspide. Ahí se sentó, en el mismo borde del peñasco. Sus piernas colgaban sobre el abismo. A sus pies, en una espantable profundidad, se distinguía un aprisco abandonado, al nivel de las sementeras sumergidas. Ahí se sentó Balta. Contempló con límpida mirada distraída e infantil toda la extensión circundante, hasta los horizontes abruptos y los nevados partidos en las nubes. Inclínose un poco y escrutó las tierras fragorosas que a sus plantas quedaban como arredradas y sumisas. Amenazó caer lluvia y una ráfaga de chirapa y ventarrón azotó un momento los cerros. Balta tuvo un ligero calofrío, y la cerrazón mugió y se perdió entre los próximos pajonales.

Una calofriante desolación, acerva y tenaz, coagulóse en las pupilas enfermas del cholo. Permaneció de este modo, embargado en honda meditación, por espacio de algunos minutos. Reflexionaba sobre cosas incoherentes que en azorado revoloteo cruzaban por su mente adolorida. La imagen de su mujer surgió en su memoria, y sintió entonces por ella un vago fastidio. Pero ¿por qué? No se lo explicaría él mismo. Sí. La tuvo fastidio y una pasión extraña y dolorosa, ese azaroso amor que lo alejaba de ella y le hacía buscar la soledad con irrevocable ahínco. Preguntaba a su propia conciencia: ¿Me ama Adelaida? ¿No quiere ella a otro, quién sabe? A otro... Balta se quedó abstraído y cabizbajo, mirando hacia el abismo escarpado. A otro... Balta seguía cavilando. Su pensamiento volaba. Unos celos sutiles, como frioleros y acerados picos, sacaron la cabeza y se arrebujaron en sus entrañas, con furtivo y azogado gusaneo montaraz...

El silencio de la mañana era absoluto. Balta sacudió la cabeza y empezó a rascar con la uña una salpicadura de barro en su leonado pantalón de cordellate. Pero, inmediatamente, cayó de nuevo en el mismo tema: su mujer. «No quiere ella a otro, quién sabe?....» A otro... Su pensamiento, al llegar a este punto, se caía, se ahogaba. Tal un remanso que de súbito se quebranta y se rompe en una pendiente. ¿Podía su mujer amar a otro? Otra vez sacudió la frente. Había hecho desaparecer la mancha de barro de su vestido. Púsose de pie, y estuvo así,

inmóvil, un instante. El aire empezaba a agitarse con violencia y quiso arrebatarse el amplio sombrero de palma. Lo aseguró bien, y, como si no quisiera alejarse más de allí o estuviese atada a aquel pináculo, volvió a sentarse en el filo de la roca. Ahora se puso a pensar en lo bella y dulce que era Adelaida y en que él era, en cambio, tan poco parecido... Volvió a mirar el acantilado de la cordillera y se le trastornó la cabeza. Con la velocidad del rayo, cruzó por su cerebro la fugitiva idea, sutil, imprecisa, de un ser vivo, real, de carne y hueso, innegable, a cuya existencia pertenecía la imagen del cristal. Alguien es, indudablemente. Alguien debía ser. Balta demudóse y vaciló. Creyó sentir en el aire una presencia material oculta, de una persona que le estaba viendo y oyendo cuanto él hacía y meditaba en aquel instante. Creyó percibir su aliento y, aún más, una palabra suelta, teñida en voz baja, muy bajita, que se escabulló rápidamente. Balta la buscó con las narices y los ojos y los oídos por entre las rugosas depresiones de la peña. Tenía escondidas las mejillas y los ojos inyectados de sospecha y de cólera. El viento volvió a soplar formidable y amenazador. Iba a llover.

Sí. Alguien le seguía. Alguien que así esbozaba y denunciaba, a su pesar, su presencia, en rumor volandero, en imagen fugaz, en roce taimado, en impune esquinazo de piel... Balta hizo un agudo mohín de furiosa indignación. Estiró el cuello, en ademán de escuchar hacia arriba, perplejo, arrobado, como

hacen las aves asustadas, cuando pasa por lo alto un vuelo tempestuoso de águila, cóndor o gallinazo fúnebre. El cielo estaba negro y muy bajo. Sí. Alguien le seguía. Un bribón desconocido o un amigo bromista. Balta sintióse burlado. «A lo mejor -se dijo- alguien está jugando conmigo...». Y se indignó más todavía. Acordóse de la tarde de Junio, en que por primera vez sorprendió al intruso, con el auxilio del espejo, en el corredor de la casa del pueblo. Recordó también que cierto caballero de la aldea, a quien traicionaba su mujer, sorprendió al traidor precisamente por un juego de espejos que una feliz coincidencia puso ante sus ojos. Otra vez pasó su pensamiento a Adelaida. Y pensó: ¿cómo era que ella no se hubiera percibido en ninguna ocasión de la presencia de aquel sabueso? ¡Adelaida ama al otro! ¡Al del espejo! Sí. ¡Oh cruel revelación! ¡Oh cruel revelación! ¡Oh tremenda certidumbre!...

Caía el granizo. Un pastorcillo fue a guarecerse con unas dos ovejas en el redil abandonado, y hacía reventar en las costillas del viento su honda. Dio unos gritos melancólicos en el abismo, donde las herbosas quebradas rezumaban ya, y a sus gritos respondió el sereno peñasco majestuoso con el eco cavernoso y de encanto de la inconciencia inorgánica; eco invisible y opaco y recocado, con que responde la dura piedra soberana a la cruda voz del Hombre; manera de espejo sonoro, en cuyo fondo impasible está escondida la simiente misteriosa e inmarchita de inesperadas imágenes y

luces imprevistas... Acaso aquí habría hallado también Balta la propia resonancia, retorcida y escabrosa, la desconocida imagen que, ya en el espejo, ya en el manantial o en las corrientes, le acechaba y relampagueaba ante sus ojos estupefactos y salvajes.

La tragedia aquel día abandonó la médula del alcanfor milenario, que hace de viga central en el hogar, y, al morder el primer vaso capilar de los círculos internos de la zona de la madera, tropezó de pronto con un viejo parásito miserable que aún sobrevivía a la época sensible del árbol; le quiso despreciar la tragedia, y ya iba a internarse en el fibroso bosque, cuando el aire empezó a agitarse con violencia y quiso arrebatarse el amplio sombrero de palma de Balta sobre la Roca. La tragedia enmendóse, y a viva fuerza echó a sus lomos al intruso...

VI

Hasta entonces la mujer del cholo no había percibido nada de este espectáculo misterioso que se operaba sobre ella y su cariño. Su agreste e ingenua sensibilidad apenas había notado sólo es aspecto exterior de cuanto venía desarrollándose en torno de ambos. Sabía que Balta no era el mismo de antes para con ella, y, a lo más, que habíase tornado raro y neurasténico. Pero nada más. Ella no sabía el porqué de todo esto. Cuando quería saberlo, a costa de un examen más o menos detenido y hondo, o de una observación asidua y constante sobre su marido, tallaban sus fuerzas de investigación, y todo razonamiento volvía atrás, impotente y pequeño para tamaña empresa. Adelaida apenas había tenido tiempo para aprender a leer y escribir, y su espíritu hallábase todavía más intacta y en bruto que el de Balta. Por otro lado, sentía por él un religioso respeto, y en general no se habría atrevido a exigirle en ningún momento una confesión, o a arrancarle una punta siquiera del hilo en que los dos estaban enredándose de modo irremediable y fatal.

Cuando volvió Balta de su largo y solitario peregrinaje por los páramos, agonizaba la tarde y bajaba una granizada furiosa. Las centellas y los truenos sucedíanse en alternativa desordenada y vertiginosa.

Adelaida, que había vuelto ya del pueblo, esperaba a su marido, ansiosa y presa de inconsolable zozobra.

-¿Dónde te has ido, por Dios? -exclamó ella, en un apasionado raptó de alegría, saliendo a su encuentro hasta el patio.

Balta entró cogitabundo y sombrío, sin responder, las manos atrás, una sobre otra.

Adelaida estaba más pálida y extenuada por la maternidad, cuya luz, comprimida en sus entrañas jóvenes, florecería muy pronto a la luz grande del sol. Su dulce melancolía pesarosa, en la que una gracia de alba caía y lloraba, dibujábase, cada día más densa y más frágil y temprana, en su gracioso rostro que el viento y la intemperie requemaban.

Inquirióle ella, como si fuese su hijo, asida a un brazo de él:
-¿Has estado en la toma?

Balta permanecía mudo. Parecía evitar de mirarla. Al fin la apartó colérico:

-¡Déjame, mujer!

Y penetró siniestramente al cuarto.

Adelaida, con su abnegación y paciencia de mujer, insistió y le siguió.

-¡Pero por Dios, Balta! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Y añadió en un tierno puchero que sangraba:

-¿Qué he hecho yo para que así me *trate* y me *bote*?...

Adelaida, parándose en medio del cuarto que la tempestad colmaba de una compacta oscuridad, lanzó un gemido:

-¡Ay, Dios mío!...



*El llanto la ahogó. Inclino su morena cabeza exangüe, y, con
desolada amargura, sollozó, sollozó*

El llanto la ahogó. Inclino su morena cabeza exangüe, y, con desolada amargura, sollozó, sollozó mucho, enjugándose con el revés de su largo traje plomo, como hacen las dulces mujeres de las sierras dolientes del Perú.

-¡Me *bota* de ese modo!... susurraba ella, y el dolor inflaba sus senos, los alzaba a gran altura y los dejaba caer y otra vez los levantaba.

¡Cómo lloran las mujeres de la sierra! ¡Cómo lloran las mujeres enamoradas, cuando cae el granizo y cuando el amor cae! ¡Cómo toman un pliegue de la franela, descolorida y desgarrada en el diario quehacer doméstico, y en él recogen las calientes gotas de su dolor, y en él las ven largo rato, las restregan, como probando su pureza, mientras percuten los truenos, de tarde, cuando el amor infla sus pezones, que sazonara el polen del dulce, americano capulí; los alza a gran altura y los deja caer y otra vez los levanta!

El pequeño Santiago asomó a la puerta del cuarto, estiró el desnudo cuello y escudriñó a hurtadillas hacia adentro. Balta habíase sentado en el borde de la cama, en un rincón, una pierna en flexión sobre un banco, acodado en ella, la mano a la mejilla, mirando al suelo, taciturno, callado.

-¡Qué he hecho yo! ¡Me *bota*! ¡Me *bota* de ese modo!

Murmuraba Adelaida sus lamentos y sus quejas, y, al hacerlo, no se dirigía a su marido. Decía:

-¡Me *bota* de ese modo!

Tal se quejan las mujeres de las sierras, cuando se quejan del hombre a quien aman. Creyérase que entre ambos, cuando el dolor arrecia y arrecian los vientos contra los peñascos eternos, hay un tercer corazón invisible, el cual se patentiza entonces antes las almas y preside sus destinos. A ese corazón se dirigía ella ahora, de pie, entre las tinieblas de la tarde, recogiendo sus lágrimas entre los pliegues de su falda sencilla y estropeada.

El patio parecía cubierto de granizo. Un rayo cayó muy cerca y su relámpago abrasó de violáceo fuego la estancia.

Santiago observaba, extrañado. Niño, con sus ochos años, él no se daba cuenta de aquel infortunio. Supo sí que adentro se lloraba, y que se callaba más adentro aún. Su corazón empezó a encogerse y tuvo ganas de llorar. Viendo padecer a su hermana, le dolió el alma. ¿Quién la hacía padecer? ¿Qué la habían quitado? ¿Qué cosa se le negaba? ¡Dénsela! ¡No sean malos! ¡Devuélvanle sus cosas! ¿No las encuentran? ¡Búsquenselas! ¡No la hagan llorar!... Santiago sintió que se le anudaba la garganta y se echó a llorar en silencio. No se atrevía a más. Sabía, de manera oscura, que en ese momento su hermana debería de sentirse esclava de indoblegable yugo, el cual, al mismo tiempo que la golpeaba, no la dejaba huir. Pensaba él: debería correr Adelaida. Un instante accionó con uno de los brazos de varias maneras, tratando de llamar la atención de Adelaida. Levantaba el brazo estirándolo cuanto

podía, lo ponía en cruz, lo hacía rehilete, agitaba los dedos con impaciencia, atenaceado por un vehemente y álgido anhelo de que ella volviese los ojos a él, sin que su marido se vaya a dar cuenta, eso sí. ¡Tonta! Cómo se fijara en él, siquiera un segundo. Danzaba de aguda impaciencia. Empezó a hacer señas:

-¡Escápate! -daba a entender con sus ademanes de consejo-. No seas zonza. Escápate de puntillas, apenas él se descuide. Sí. Sí puedes. De puntillas... Escápate... No hay más que un paso al corredor... Si fuese más lejos... Pero, de un salto... ¡salvada! Apúrate nomás. Nadie te está viendo... Pronto...

Pero así son las cosas. Adelaida no se fijó en su hermanito. ¡Pobre hermana! Si se hubiese dado cuenta de cuanto le advirtió Santiago.... Pero así son las cosas. Ella, desgraciadamente, no lo vio.

-¡Yo no sé qué le *pasa!* -seguía sollozando Adelaida-. ¡Hace ya tiempo que *está* así conmigo!

Otra vez morían sus palabras en apasionado lloro.

Santiago, de pronto, secó sus lágrimas con el dorso de la leñosa muñeca y con el extremo de su manga desgarrada. No habiendo sido advertido aún por Balta, se irguió ahora en un perfecto ademán adulto y tosió. No podía soportar. Acercóse ruidosamente más al quicio. Dijo, como quien no sabe nada de lo que ocurre:

-¿Qué haces, Adelaida? ¿Buscas tu rueca? Yo no la he visto desde el otro día...

Nadie hizo caso al arrapiezo.

-¿No ha llegado todavía don Balta? ¡Pobrecito! Si lo habré agarrado el aguacero...

Como Adelaida no le respondiese y tratase más bien de ocultarle el rostro entre los pliegues de su traje, Santiago volvió a toser con mayor energía y estuvo limpiándose los pies de barro en la madera de la puerta, tratando de hacer notar su presencia por Balta. Arrojava entonces sobre el pavimento del cuarto una sombra larga y gigantesca, mucha más grande que la de un hombre. La noche descendía muy negra.

Santiago iba engallándose y creciendo en rabia. Ahora sabía, de manera oscura también, que cualquiera que fuese aquel yugo, para él vago y desconocido, que oprimía y ligaba así a su hermana, había que echarlo abajo. Un nervioso coraje, de niño que se sugestiona en contra de un fantasma o en contra de una fuerza misteriosa y superior, le hizo parapetarse en el umbral, trémulo de una íntima fruición fraternal. Temblaba. Se puso a rayar con la uña el maguey del quicio. ¿Qué cosa? ¿A su hermana? ¿Qué cosa? ¿Quién? ¿Quién?....

Después se sentó en el poyo, siempre atisbando hacia adentro. Poco a poco el silencio se hizo completo en la casa. Santiago se quedó dormido.

Al despertar, se asustó. ¿Dónde estarían ellos? Llamó. Nada. Había una oscuridad espeluznante.

-Me han dejado -se dijo en voz alta-. ¡Adelaaaaida!...

Paró el oído y sólo a intervalos oía, por el lado de la zahurda, el gruñido de algún cerdo maltratado por los otros. No se movió de su sitio Santiago. Estaba con el cuerpo helado. Empezó a poseerle un terror infinito. Recordaba a su hermana bañada en lágrimas, a su marido colérico, estúpido... ¿Cómo se quedó dormido? El frío, el reposo mortuorio de la noche, la soledad de la casa, la inquietante ausencia de la hermanita querida... Hacía esfuerzos para no soltar el llanto, pues que si lloraba experimentaría más miedo y su desesperación ya no tendría límites.

Hizo un esfuerzo de valor y tentó la puerta del cuarto. La halló abierta de par en par. Volvió a llamar. ¡No le contestó ni el más leve rumor o seña de vida!

-Adelaaaaida Adelaidiiiiiiitaaa.....

Un calofrío glacial recorría su epidermis, de cabeza a pies. Un ruido producido muy cerca de él le hizo dar un salto. Fue un terrón que cayó de la tapia. Santiago se bañó de un sudor frío. Empezaban a distinguir sus pupilas, aguzadas por la desesperación, aquí y allá, sombras, bultos que se agitaban y poblaban en cerrada muchedumbre los corredores y el patio. Hasta el cielo aparecía completamente negro. Pronto empezaría a llover.

Le pareció que a veces deslizábanse a lo largo del muro que daba al cerco del camino, rozándolo y produciendo un

rumor atropellado de trajes y ponchos inmensos, cortejos intermitentes y misteriosos. ¿No habría quizá venido del pueblo su madre?

Sonaron unos pasos lentos y duros. Santiago se volvió a todos lados, tratando de escrutar las tinieblas frías y mudas, y musitó, sin saber lo que decía, presa de indescriptible sensación de pavor:

-¡Quién!... ¿Qué cosa?...

Los pasos se aclararon. Era un jumento errabundo y abandonado, sin duda, a campo libre.

Santiago sentóse, tranquilizado, otra vez en el poyo. A poco rato dormía el pequeño un sueño sobresaltado y doloroso.

Sobre el techo graznó toda la noche un búho. Hasta hubo dos de tales avechuchos. Pelearon entre ambos muchas veces, en enigmática disputa. Uno de ellos se fue y no volvió.

VII

Obsesionado Balta por los celos, aquella noche injurió a su mujer, la acuchilló a denuestos, y poseído del más sincero y recóndito dolor, la decía:

-Está bien. Está bien. ¡Pero tú has muerto ya para mí!

Adelaida intentó en un principio persuadirle de que sus cargos eran infundados.

El marido, exacerbado, gruñía sus imprecaciones en alta voz, acusando, hachándola a miradas, llorando, sangrando a pedazos. ¡Qué la había hecho él! ¡Por qué le pagaba así! En la vida él no amó a nadie, sino a ella sola. No fue jamás un mal hombre, un vicioso, un holgazán. No. Fuera de su hermana, tantos años ausente, sólo Adelaida. ¡Sólo Adelaida en el mundo! ¿Quién la obligó para irse con él? Al formular esta pregunta, Balta empleaba un timbre de adoración infinita por su mujer. Asomaban en esa interrogación elástica, cérica, de una sublime trascendencia dramática, perdones, piedades, misericordias supremas. ¿Quién la obligó para seguirle? No. No le había amado jamás. ¡Adelaida mala! ¡Adelaida! ¿Por qué, mejor, no quisiste al otro desde un principio, antes que a él? Imaginándose Balta lejos y extraño a ella en el mundo y por toda la vida, la amaba con una ternura aún más grande y más pura. La amaba entonces mucho. Ahora mismo que la veía sufrir acudiría a consolarla y tranquilizarla y a prestarla

refugio y amparo. Sí. La ampararía. ¿Por qué se la hacía sufrir? ¡Tan buena! ¡Pobrecita! La ampararía. Y consternado en sus fibras más delicadas y sensibles y diáfanas, Balta lloraba y tenía la impresión perfecta y real de estarla escudando, de estarla procurando un bálsamo, de estarla haciendo el bien. Mas, luego, salvaba todo este orbe de hipótesis sentimentales, volvía a su dolor actual y lloraba y se le astillaba el alma a pedazos, a grandes pedazos.

Adelaida fue acercándose a él.

-¡Oye, Balta, por Dios!

-¡Déjame! ¡Déjame!

Ella arrodillóse prosternada ante el marido, y se puso a gemir con desgarradora lástima de amor, inclinado el moreno rostro atribulado, vencida, suave, humilde, nazarena, dulce, aromada de dolor, diluida ella entera y en el varón absorbida, en un místico espasmo femenino.

-Déjame.

Y Balta agregaba, llorando, a su vez:

-¡Tú has muerto ya para mí!

Aquella misma noche la llevó al pueblo. A través de los desfiladeros y las abras cenagosas, cortando las nieblas y la oscuridad, se fueron.

Ya en la casa del pueblo, Balta la hizo vestir de luto riguroso, y él hizo igual cosa. Obedecía ella, llora y llora. Una luz fría y anaranjada de esperma iluminada y tocaba



Ella arrodillóse prosternada ante el marido, y se puso a gemir

de aciaga pesadumbre los blancos muros repellados, los objetos, el ladrillamen de la estancia. Fuera quedaba la noche negra y desierta.

Cuando hubo acabado ella de vestirse de negro, la tragedia también acababa de volver a las internas capas de madera de la viga del hogar; volvía de arañar a deshora unos restos olvidados de corteza de aquel alcanfor secular; vagó por tales incisiones y, siempre con el viejo parásito miserable a cuestras, tornó y ocupó su lugar, destino en mano, dale y dale.

Tras una noche llena de implacables suplicios morales para ambos, Balta, irritados los nervios por la vigilia y los pesares, transido, cárdeno de incurable desventura, con el amanecer, volvió al campo, abandonando a Adelaida en la morada de la aldea. Ella permanecía dormida y enlutada sobre el lecho.

Llegó Balta a la cabaña y la volvió a abandonar, para ir a errar allende los páramos. Sin darse cuenta, advirtiéndose de pronto en el mismo montículo herboso que está al pie de la cresta calva, esbelta y tallada, donde la mañana anterior estuvo sentado, las piernas colgando sobre el abismo.

Hacía buen tiempo ahora. Un sol caluroso y dorado esparcía su flama sobre las nacientes brotes de los terrosos sembríos, y el cielo despejábase de momento en momento. El rocío brillaba entre las primeras briznas, y cuando Balta subió a la cima, revolaban a su alrededor algunas ledras que

se le pegaron de los follajes del tránsito, y tenía empapado el pantalón hasta más arriba de la rodilla. Aquella ropa encharcada empezó a despedir un vaho tibio e inocente.

Balta, sentado en el filo de la roca, miraba todo esto como en una pintura. De su cerebro dispersábanse tumefactas y veladas figuras de pesadilla, bocetos alucinantes y dolorosos. Contempló largamente el campo, el límpido cielo turquí, y experimentó un leve airecillo de gracia consoladora y un basto candor vegetal. Abriase su pecho en un gran desahogo, y se sintió en paz y en olvido de todo, penetrado de un infinito espasmo de santidad primitiva.

Sentóse aún más al borde del elevado risco. El cielo quedó limpio y puro hasta los últimos confines. De súbito, alguien rozó por la espalda a Balta, hizo éste un brusco movimiento pavorido hacia adelante y su caída fue instantánea, horrorosa, espeluznante, hacia el abismo.

VIII

Por la tarde de aquel mismo día, en la casa de la aldea, Adelaida, ignorante aun del espantoso fin de su marido, yacía en el lecho, descarnada y llorando.

Doña Antuca, sentada en el umbral del dormitorio, velaba el sueño del nieto, que acababa de nacer esa mañana. El niño, de vez en vez, sobresaltábase sin causa y berreaba dolorosamente.

Un cirio que ardía ante el ara empezó a chorrearse; su pábilo giraba a pausas y en círculo, chisporroteando, y, cuando la mano trémula de la abuela fue a despavesarlo y a arreglarlo, hallólo mirando largamente a la puerta que permanecía entornada al corredor. Llorando salía por allí la triste lumbre religiosa, hincábase a duras penas en los fríos pañales del poniente y ganaba por fin hacia lo lejos.

Era el mes de Marzo y empezó a llover.

FIN

APÉNDICE*

* Las ilustraciones (y las frases respectivas) que acompañan la presente edición, así como la siguiente nota de Pedro Barrantes Castro, han sido tomadas de la primera edición de la novela (de la cual se basa esta edición).

LA NOVELA PERUANA

Nos permitimos recomendar al lector la presente novela, de César Vallejo, por ser un notable acierto de creación original sobre motivos rurales andinos, cosa que mucho se ha intentado sin éxito, debido a la miopía y falta de vuelo creador en los circunstanciales aficionados de la literatura.

Como Valdelomar fue quien llegó, aunque pasajera, a la verdad poética de los villorios y lagares costeros, puede decirse de Vallejo que es de los primeros escritores auténticos que están descubriendo el íntimo fondo de humanidad y belleza, virginal aún, de las razas y los paisajes que viven y explenden, apacibles igual que trágicas aquellas, luminosos igual que sombríos estos, en las inmensas extensiones de la cordillera peruana.

Leyendo *FABLASALVAJE* se siente el hormigueo dramático que Vallejo trata de producir con su obra y que muy bien se aviene con esa *fatalidad* de un sentido tan brumoso y triste que el indio y el mestizo creen imprime dirección a la vida.

La novela parece una demostración de lo equívocos que son siempre los verdaderos amores, que se destruyen con su propia sombra. El misterio vigila desde la primera hasta la última página. Y la forma misma del relato constituye un ejemplo más de la exquisitez extraña con que César Vallejo sabe producirse.

Pedro Barrantes Castro

ÍNDICE

Introducción de José Antonio Mazzotti	5
I.....	37
II.....	45
III.....	49
IV.....	53
V.....	65
VI.....	77
VII.....	87
VIII.....	93
Apéndice.....	95

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de

Corporación Gráfica LAS S.A.C.

Jr. General Varela 1569, Breña

ventas@las.com.pe

T. 483-7307

Noviembre 2019 Lima, Perú